

JULIO BOCALATTE

Juicio penal

LA INCREIBLE HISTORIA
DE PUCHERO ALDUNATI



ediciones
al arco

Ilustración de tapa

Daniel Paz

Diseño

Federico Sosa

Impreso en Latingráfica, marzo de 2005.

Fecha de catalogación 20-12-04

Boccalatte, Julio

Juicio penal. 1° ed.

Buenos Aires: Al Arco, 2005.

96 p. 20x14 cm.

ISBN 987-21105-7-3

1. Fútbol. I. Título

CDD 796.33

AGRADECIMIENTOS

Este libro es posible gracias al amor de Sole; a la generosidad sin límites de Daniel Paz y Fede Sosa; al apoyo y el orgullo de mis viejos, mis hermanos y la gente que me quiere. Y a la arrolladora amistad de mi hermano de la vida, Marcos González Cezer.

Juicio penal

LA INCREÍBLE HISTORIA DE PUCHERO ALDUNATI

JULIO BOCALATTE

ediciones
al arco

1

A Mateo

El jefe policial pegó dos o tres golpes con los dedos sobre el micrófono, pero en lugar de la inmediata resonancia lo desautorizó el silencio del parlante, la orden incumplida. Incómodo, exasperado por lo que consideraba una vergüenza delante de tantos periodistas, fue repitiendo el procedimiento cada vez con énfasis mayor, incluso dándole sacudones que hacían que el cable serpenteara por el suelo, hasta que esa mudez insistente lo fastidió al punto que agarró el micrófono con las dos manos, como queriendo acogotarlo, y gritó: “¿Vas a andar por las buenas o te hago andar por las malas?!”, táctica enseñada en los capítulos iniciales, o en el prólogo mismo, del Manual del Interrogatorio. –Señor, está desenchufado -lo tranquilizó un sargento de bigotes hablándole al oído. El jefe policial ni siquiera se ruborizó; obligó que repararan la cuestión y, después sí, anunció: montada, canes, brigada antidisturbios, helicópteros, en definitiva un operativo pocas veces visto y hasta “un cordón humano” para salvaguardar la integridad de los presentes.

–¿Preguntas? -dijo luego.

–Para que el cordón sea “humano” ¿van a contratar civiles? -se animó un periodista.

–No entiendo su comentario -replicó el jefe policial y dio por terminada la conferencia de prensa.

En efecto, al día siguiente, la Policía Unica Municipal (abreviada con acierto en PUM, onomatopeya que sirve tanto para los disparos

JUICIO PENAL

como para los cachiporrazos y el chasquido grave y seco de los gases lacrimógenos), había armado un gran dispositivo de seguridad, sobre todo en la bandeja superior, donde la hinchada del Saranda FC estaba definitiva, claramente dividida.

Sur y Norte, se autodenominaban las fracciones en banderas improvisadas con sábanas y pintura en aerosol. Los del Norte, incluso, exhibían amenazantes un gallo-veleta robado de un techo vecino y que ahora, en sus manos, apuntaba imprecisa pero ansiosamente, como descubriendo puntos cardinales de cuya existencia no tenía noticia. Sur y Norte. Aquel sector que conquistara el poder de la tribuna gozaría más tarde de unos cuantos beneficios que hasta allí habían compartido: el 1,8 por ciento de la venta de choripanes y gaseosas en el estadio (cifra indócil que los embarcaba en interminables discusiones con los puesteros), 14 entradas por partido, las camisetas que llegaban como ofrenda de parte del equipo (por lo general con los números despegados o perdidos o desdibujados, porque la carencia de recursos en el club obligaba a veces a pintar con fibra o ténpera los números sobre las camisetas y la transpiración o las lluvias eventuales los dejaban convertidos en manchas) y las pelotas que cayeran en sus manos, en este caso un negocio generoso en la reventa por lo imprecisos que solían ser sus jugadores. “Lo sabía, lo sabía, los del Su-ur, son todos policías”, cantaban ahora unos. “No te borres, che Norte vigilante, si te quedás vas a ver, que el Su-ur tiene aguante”, replicaban los otros. Preferían las dificultades rítmicas que les proponía “Sur” en la métrica de sus versos antes que la posible confusión sonora de Este y Oeste, los puntos cardinales que, ignorándolo, ocupaban. Ninguno llevaba brújula y no era momento para puntualidades geográficas. Mucho menos con la presencia en el Grupo Norte del Gordo Chou, que no entendía por qué un relator se refería siempre a la mitad de la cancha como el Ecuador y no, decía, el Venezuela o el Colombia. “O el Mozambique, ¿no?”, sorprendió una vez que había amanecido viendo el National Geographic Channel.

Los de uno y otro bando cumplían también ahora con el requisito de evitar los insultos en sus canciones y sus gritos, según había ordena-

JUICIO PENAL

do la PUM bajo amenaza de las diferentes aplicaciones de su sigla y también de encierro (si es que PUM no se adecua al portazo final del calabozo).

La aparición del juez Galli, eso sí, pese al enfrentamiento y a cuenta de los fallos adversos que les decidiera en el futuro, permitió una coincidencia de los del Sur y los del Norte. “¡Juez, compadre...

Se detuvieron en un silencio inédito, mientras los miembros de la PUM preparaban, ansiosos, machetes y lanzagases. La prohibición de insultos los ponía, a unos y a otros, ante un verdadero desafío. “La cosa de tu madre”, completó, dudoso, el Gordo Chou.

“... la cosa de tu madre!”, siguieron ambas parcialidades, satisfechas más por la rapidez con la que el Gordo Chou resolvió el vacío antes que por la eficacia o la contundencia del agravio. Y de inmediato, medio rebuscados, “Que lo vengan a ver, que lo vengan a ver, ese no es la Justicia es una...

–”Astuta”, volvió a completar Chou, entusiasmado en su nuevo papel de improvisador y, en esa tarea puntual, líder de su grupo y también del enemigo.

–... astuta de cabaret”, siguieron entonces los del Sur y los del Norte. Esto al advertir que Galli, igual que los jueces ingleses que veían en las películas estilo “En el nombre del padre” o “Bajo sospecha”, llevaba una peluca victoriana.

Galli caminó sin perturbarse, se sentó en su sillón apoltronado y golpeó el estrado con un martillo de madera. “Silencio, por favor”, pidió, como si fuera un juez de tenis. El Grupo Sur reclamó: “Borombombón, borombombón, el que nos calla, es un botón”.

Los del Norte no se sumaron: no por obediencia, sino más bien para evitar una nueva coincidencia con sus enemigos, lo que podría ser interpretado como una intención de acercamiento, cierta liviandad poco recomendable para su feroz reputación. Más todavía: “Olelé, olalá, con los giles del Su-ur, no hacemo’ la amistá”, creyeron urgente aclarar, saltando en sus lugares y moviendo, amenazantes, los brazos.

–¡Silencio o desalojo la sala! -se enojó Galli.

JUICIO PENAL

–Muchachos, muchachos -dijo con suavidad el Tano Faia, como hablando en plena misa sin interrumpir el sermón del sacerdote. Se preocupó, eso sí, porque escucharan no sólo los suyos, los del Sur, sino también los del Norte-: dejémonos de joder que si pudrimos la historia lo va a querer jugar a puertas cerradas.

La sugerencia del Tano respondió a los mandatos tribuneros, un código de tablón: respetar entre todos las normas básicas para garantizarse la permanencia en el escenario de enfrentamiento.

Galli esperó unos segundos hasta asegurarse de que el silencio encontrado ya no sería interrumpido. Dijo:

–Se abre el caso “Deudos de Aquiles Taberneta contra Saturnino Puchero Aldunati”.

–¿Qué cosa de Taberneta? -preguntó Chou, siempre en voz baja, entre los integrantes de su grupo.

–Deudo, creo -respondió con un susurro el Loro Sagardía, otro de los líderes del Norte.

–¿Y quién es?

–El hijo, gordo, ¿quién va a ser?

El Gordo Chou sacó medio cuerpo por el balcón de la bandeja superior y, así casi colgado como estaba, pegó el grito: “¡Aguante Deudo Taberneta! Deudito querido, dale duro a esta mariquita de Aldunati”.

–¡Basta, la puta madre que te parió! -perdió Galli su letrada compostura. Hizo un movimiento brusco al punto que la peluca le quedó como ladeada. El Gordo Chou lo miró desafiante, sobre todo por la sorpresa del insulto. Pero supuso que sería prerrogativa del juez, tanto que los miembros de la PUM lo miraban con soberbia, y cerró la boca (desaprovechó incluso la escasa autoridad que imponía Galli con la peluca de coté), recordando el consejo previo de Faia o temiendo que aquello se convirtiera en algo personal y terminara siendo el único que se perdía la pelea, justo él, que en el clásico con el Bocayuva había iniciado la primera batalla de los barras del Saranda, hasta allí considerados redondamente unos cobardes.

Galli volvió al juicio:

JUICIO PENAL

–Muy bien. Por expreso pedido de los abogados, y más allá de que no se trate de una práctica habitual en nuestros juicios, vamos a permitir un alegato inicial de cada una de las partes, algo así como una charla táctica de ambos. La querrela -obligó, sin más prólogo.

El doctor Sierra, patrocinante de la familia de Taberneta, se puso de pie y cumplió con algunos ejercicios ante la atenta mirada de todos: cuclillas, dos o tres saltos de rana, trabajosas elongaciones musculares doblando las piernas hacia atrás hasta tomarse los pies con una mano. “Su Señoría -arrancó después su exposición-, al cabo de este juicio quedará comprobado que el señor Saturnino Aldunati, volante central del Saranda FC, conocido como Puchero y aquí sentado en el banquillo de los acusados, provocó la muerte por un paro cardíaco de su técnico, Aquiles Taberneta, que en paz descansa, errando a propósito el penal con el que hubiera podido evitar el descenso de su equipo y sabiendo de antemano los problemas en el corazón que tenía la víctima. Una aclaración: no estamos hablando de justicia deportiva, no Su Señoría, porque sabemos que a la FIFA no le gusta la intervención de los tribunales ordinarios en sus cuestiones internas y no es nuestra intención provocarle algún inconveniente a la Federación de Fútbol Nacional, más con el Mundial a la vuelta de la esquina. Si por nuestras acciones la Selección se quedara al margen del Mundial, está claro que sobre la memoria de nuestro querido Taberneta caería antes un soberano insulto que un responso. No queremos eso, claro que no. De lo que hablamos aquí es de otra clase de justicia, Su Señoría, una justicia que debe buscarse en este fuero, porque la acción de Aldunati merece un castigo llamado prisión, en lo posible perpetua, la pena máxima ya que viene al caso, para que así pueda ser por siempre reconfortada la memoria de Taberneta y el fútbol descarte a este siniestro personaje, que además de un asesino miserable, bien vale recordarlo, juega bastante para el traste, si me permite la expresión. Aunque claro: no tanto como para creer que el penal errado pueda haber respondido a sus carencias, porque todos sabemos que la correcta ejecución de un penal no requiere de destreza en demasía.

JUICIO PENAL

Hubo un único murmullo en la sala, paradoja sonora en la que confluyeron aprobación y rechazo.

–Durante el juicio, además -prosiguió Sierra-, a través de una narración puntual de los hechos, quedará demostrado que Aldunati se oponía a la llegada de Taberneta y desde el momento mismo en que el DT asumió al frente del equipo comenzó una campaña en su contra que concluyó en los sucesos conocidos: erró el penal a propósito y a Taberneta le dio un soponcio que lo dejó seco en su última morada, el corralito que marcan con líneas de cal sobre el piso y delimita los movimientos del técnico alrededor del banco de suplentes, porque todos sabemos que Taberneta era de cumplir las reglas y nunca salió del corralito más que para alcanzar alguna pelota cuando desaparecían los ball boys, sobre todo en los partidos de visitante.

–¡Un minuto de silencioooooooo, para Aquiles que está muerto, ea-ea-ea-ea! -interrumpieron los del Grupo Sur. Los calló no el juez, sino la mirada piadosa desde abajo del Puchero Aldunati, su ídolo, como aconsejándoles que lo ayudaban más con el silencio.

–Y ni siquiera podemos decir que Taberneta tuvo la fortuna de morir ignorando el triste destino de su equipo -volvió el doctor Sierra una vez callado el Grupo Sur-. El árbitro, amparado por lo que dice el reglamento, lo había advertido claramente: era penal y pitazo final, sin chance de rebote ni de nada porque ya se habían cumplido no sólo los 90 minutos, sino también el tiempo adicionado. Esto lo sabía Aldunati, por supuesto, y por eso lo acuso: homicidio en primer grado con alevosía, sí, alevosía, porque recuerde usted, Su Señoría, que Aldunati tiró el penal al fin del mundo.

–¡Protesto! -intervino el doctor Pérez, representante del crack enjuiciado y ex integrante de la barra del Saranda, en la que se había ganado el apodo de Dumbo por el tamaño de sus orejas, dos pantallas asombrosas. Se paró así, de un golpe, y meterse en el juicio sin realizar antes movimientos de calentamiento le provocó, según se agarró con una mano, un tirón en el muslo derecho.

–Vengo soportando estoicamente inmerecidos agravios -dijo de todos

JUICIO PENAL

modos-, pero esto ya es demasiado, Su Señoría. No estamos aquí para juzgar la capacidad futbolística de Aldunati, largamente reconocida en el país y en el extranjero, recuerden ustedes las múltiples ofertas que le llegaron para seguir su carrera fuera de nuestras fronteras, sino para debatir si su acción fue un crimen premeditado, esta idea obscena y esquizofrénica que sostiene el doctor Sierra, o, simplemente, Su Señoría, una contingencia del juego, lo que parece bastante más razonable.

–Ha lugar -improvisó el juez, que no sabía con certeza si dar curso a una protesta en el marco inédito de los alegatos iniciales.

Con el reproche de Galli, la táctica de Sierra fue finalizar allí mismo su alegato inaugural. “He dicho”, cerró, y volvió a sentarse. (“Me sacó amarilla”, le explicó el tecnicismo jurídico a la viuda de Taberneta, que a fuerza de escuchar al que en vida había sido su marido sólo comprendía ciertas cosas a través de las comparaciones futboleras).

–La defensa -le dio paso Galli a Dumbo Pérez.

–Muy bien, Su Señoría, lo que acabo de relatar: Aldunati no es un asesino, sino un jugador de fútbol de una más que respetable campaña, ídolo absoluto del Saranda. Puede ser que este hecho desagradable oscurezca el final de su carrera, porque está claro que aun demostrando su inocencia este episodio lo marginará para siempre de las canchas. Pero de ahí a pensar que el penal fue desviado intencionalmente hay más que 12 pasos de distancia, señor juez. Y esto sin meternos en un análisis más profundo, porque yo también pregunto: ¿merecía el Saranda eludir el descenso, después del lamentable trabajo realizado por Aquiles Taberneta en su conducción? Queda la duda pendiente. Por lo pronto, nosotros tenemos pruebas y testigos que nos evocarán no sólo la calidad humana del entrañable Puchero, sino que confirmarán que nunca habría protagonizado a propósito un acto que pudiera perjudicar a su amado Saranda. Y, además, explicaremos que la ejecución del penal respondió a las más ortodoxas lecciones de los manuales de fútbol, como se dice en el ambiente, porque la verdad que en mi perra vida vi un libro que enseñara a jugar al fútbol, Su Señoría.

JUICIO PENAL

Jugador se nace, no se hace.

–¡Che Puchero compadre, la cosa de tu madre, che Puchero compadre, la cosa de tu madre... -arremetió entonces el Grupo Norte-. Nos mandaste al descenso, nos mandaste a la yuta, nos mataste al Aquiles, sos un hijo de...

–¡De pupu! -gritó, entusiasmado, Chou, adivinando y anticipándose al silencio que venía.

Los integrantes del Norte se miraron entre sí, ahora dudando de la eficiencia compositiva de su líder. Chou se sintió juzgado: “¿Qué piensan, manga de giles? ¿A ver, quién propone otra cosa?”

–No sé, Gordo -dijo Sagardía-. A mí no se me ocurre nada, pero, ¿pupu? ¿Te parece? (“Hijos de pupu”, pensó Sagardía, sonaría a los oídos del Sur como un coro de decentes colegialas, los niños cantores de Viena o alguna otra cosa por el estilo).

–Sí, me parece, Loro.

–¿Por qué no astuta, Gordo, como usamos antes?

–Porque una cosa es astuta de cabaret y otra muy distinta hijo de astuta, Loro. ¿No entendés?

–No. Pero está bien, Gordo, como quieras.

–...sos un hijo de pupuuuuuuuu! -cerró entonces el Grupo Norte una vez que Sagardía los miró encogiéndose de hombros y aprobando con resignación la propuesta de Chou. Esta vez, y aunque fue paciente a la espera de que el Norte completara el verso (como si estuviera disfrutando del desafío creativo para los que consideraba unos ignorantes), Galli golpeó con fiereza el martillo sobre el estrado para callarlos.

Luego le dijo a Pérez: “¿Ya terminó?”

–Sí, Su Señoría -confirmó Pérez. Habría seguido en los encendidos elogios hacia su defendido, pero a partir del tono usado por el juez creyó oportuno detenerse: abogado previsor, casi un obsesivo no de la Justicia propiamente dicha, sino más bien de los resortes mecánicos de su desarrollo, a Galli lo tenía estudiado gracias a un video de otros juicios que le había conseguido un amigo de Tribunales.

–Muy bien, pasamos a cuarto intermedio –informó Galli. (“El entre-

JUICIO PENAL

tiempo”, le dijo Sierra a la viuda de Taberneta, por lo que aproximadamente 15 minutos después, ya en la calle, debió obligarla a desistir de volver al tribunal. Aunque no pudo eludir otro ritual: al hijo, Deudito según Chou pero en realidad llamado Aquiles Segundo, tuvo que comprarle una hamburguesa y una coca en un puesto callejero).

Un ayudante del juez se puso de pie y habló en voz alta: “Señores, han finalizado los alegatos iniciales y el juicio entra en receso hasta mañana. Para resguardar la seguridad de todos los presentes, los integrantes del Grupo Norte deberán esperar en su lugar hasta unos cuantos minutos después de que se complete la salida de los integrantes del Grupo Sur”.

Chou intentó quebrar la disposición y forzar una salida en conjunto, pero lo contuvo el cordón formado por la policía. “¡Maricones, son amigos de la yuta!”, les gritó a los del Sur por arriba de los escudos policiales. Motoneta Fischer, junto con Faia líder de los del Sur, alcanzó a hacerle el gesto de “te espero a la salida”.

Pero no pasó nada.

Después de recorrer el camino de las divisiones inferiores, Saturnino

JUICIO PENAL

2

Aldunati dio el salto desde la Cuarta a la Primera del Saranda gracias al ojo clínico del Tiburón Grabia, el médico que hacía la revisación obligatoria a quienes quisieran entrar en la pileta del club y al que los dirigentes improvisaron como técnico luego de la renuncia del anterior por los malos resultados. “Es barato”, fue el argumento esgrimido por un vocal de la Comisión. Lo aprobaron por aclamación. Eso sí: le impusieron por contrato que Gabriel Vigo, la única estrella con la que contaba el equipo, debía jugar aunque tuviera hongos en los pies. Podía, quizás, aconsejarle un fungicida o algún remedio casero como aceite hirviendo o lavandina caliente (además de la inmediata inquisición de sus medias infestadas, esa precautoria aplicación del “torquemadismo” pédico), pero de ningún modo dejarlo al margen de los titulares.

Grabia debió promover a doce pibes de inferiores para completar un plantel diezclado. Entre ellos estaba Aldunati, un “5” clásico con más quite que talento, de distribución apenas aceptable, cuya virtud saliente era carecer de caries, un requisito con el que Grabia filtró a los juveniles como venganza o principio de autoridad tras la imposición contractual en el caso de Vigo.

—Abrí la boca, pibe -le pidió al primer encuentro.

Aldunati tenía la dentadura perfecta desde el punto de vista sanitario, beneficio de los lavados eventuales con las brasas ya apagadas de los asados que hacía su padre. Le faltaba, eso sí y como objeción estética,

JUICIO PENAL

uno de los dientes de adelante, una paleta perdida por un artero cabezazo rival cuando jugaba en la Sexta. La carencia, una notoria mancha negra y sin fondo en la hilera nevada de su sonrisa fácil, le había valido el apodo de Tranquera. El Tranquera Aldunati.

Puchero fue después, y siempre agradeció que el apodo ya hubiera echado raíces cuando el apogeo de la serie mexicana El Chavo, en la que un personaje llamado La Chilindrina exhibía, como él, un hueco en la sonrisa. Hubo un intento de alguien por rebautizarlo como Chilindrina Aldunati. Chilindrina Aldunati, así, a secas, ni siquiera con el detalle de enfatizarle la masculinidad (El Chilindrina, entonces, como antes había ocurrido, recordaba, con El Rata Rattín; El Pileta Acosta, un “9” aficionado a simular los foules, sobre todo dentro del área; El Empanada Quinteros, un jugador de pies gordos y torpes; o hasta él mismo, El Tranquera Aldunati. No supo si incluir en esta lista a El Sartén Torres, un arquero que rechazaba la pelota como si se tratara de un panqueque, un “plaf” seco y antiestético pero eficaz: no recordaba si sartén era en efecto un sustantivo femenino). Chilindrina, sin embargo, no prosperó más allá de algunos días.

Aldunati era Puchero.

Y era Puchero, justamente, desde el día de su debut en la Primera del Saranda.

Ahora, recostado en la celda de la comisaría donde esperaba el desarrollo del juicio (le habían negado la excarcelación porque, por la costumbre, presentó equivocadamente el amparo en el Tribunal de Disciplina de la Federación de Fútbol Nacional), recordaba con nostalgia el día de su debut: cuando escuchó “Aldunati” de la boca de Grabia entre una serie de apellidos irreconocibles, como lejanos, antes del partido con el Libres o Esclavos (apócope infeliz u obvio del lema “Libres o muertos, jamás esclavos”, un dogma inquebrantable para los fundadores del club), sintió temblar las piernas y unas ganas fervientes de orinar antes de salir por la boca del túnel hacia el campo de juego. Los nervios, ya le habían dicho. No quiso ir al baño para no fomentarse de entrada la fama de cagón, aunque lo suyo fuera urgencia de mingitorio antes que

JUICIO PENAL

de los incómodos retretes del vestuario del Saranda.

En la cancha, no obstante, encontró otra forma para expulsar el líquido sobrante de su cuerpo.

Lo de Libres o Esclavos resultó un baile histórico, desopilante, en el que el Saranda ya estaba 0-3 a los 17 minutos. De pura impotencia, nomás, por el triste espectáculo que su equipo estaba dando y porque apenas había tocado una pelota en media hora, Aldunati se largó a llorar desconsoladamente. Y así llorando jugó casi todo el partido, que terminó con un piadoso 8 a 0 porque los adversarios se ajustaron a los códigos del fútbol para no empañar el debut de tantos pibes, pobrecitos, más allá de que el gesto altivo que exhibía Vigo, como diciendo “qué quieren que haga con estos burros”, les había caído bastante mal.

El gesto del llanto, esa contracción integral y espasmódica de los rasgos de su cara (enfaticada en los ojos y la boca), le valió inmediatamente el nuevo sobrenombre. Puchero. Puchero Aldunati. Que en vez de una marca pegajosa y molesta el apodo se convirtiera de pronto en razón de orgullo fue obra de la hinchada del Saranda, que interpretó sus lágrimas como un gesto de amor incondicional hacia la camiseta y no peroración de su frustración personal.

“Che, ese pibe está llorando”, les advirtió el Loco Sigurna, por esos días indiscutible líder de la barra, a sus compañeros. El Gordo Chou, que entonces era apenas un chiquito aficionado a tirar piedras y cumplía la función de mascota de la hinchada (el mejor exponente de sus particulares divisiones inferiores), resultó el encargado de correr hacia el vestuario para averiguar el apellido del ídolo flamante. “Aldunate”, así, con e final en vez de i, trajo Chou como noticia imprecisa. Entonces cantó la hinchada: “Al-du-na-te”, varias veces; y luego, gracias a la originalidad de Dumbo Pérez (creador de las canciones y atrasado estudiante de la carrera de Derecho), con la suficiente inmediatez como para que Aldunati se supiera aún destinatario del grito encendido, “Pucheeeeeero”.

Aldunati no se percató del error inicial en su apellido pero sí que “Puchero” venía con cariño. A la cola de una fila triste y cabisbaja

JUICIO PENAL

que buscaba la oscuridad del túnel, el oportuno disimulo después de la catastrófica derrota, Aldunati giró el torso, levantó los brazos y aplaudió sobre su cabeza en señal no sólo de agradecimiento, sino también de aceptación del nuevo bautismo. Fue un gesto cortés pero leve, casi imperceptible, porque ahora no quería que sus compañeros lo acusaran de querer salvarse solo.

Y Aldunati lo recordaba justamente ahora porque, en su celda de la comisaría, recibía la visita del Loco Sigurna, que después de perder el liderazgo de la hinchada en manos del trío Faia-Fisher-Sagardía se puso a unos metros de la cancha un negocio que vendía múltiples artículos con los colores del Saranda, entre los que destacaban unos preservativos en compleja forma de camiseta con el número 5 y, en la punta, una carita que pretendía ser la de Puchero. (Lo que siempre representó una enfatización de la virilidad del ídolo se había convertido ahora, por las circunstancias, en un agravio al molde hacia Aldunati, el “forro” Aldunati según sus detractores).

—Qué manera de llorar en aquel partido, ¿te acordás, Loquito querido?

—¿Cómo no me voy a acordar, Puchero? Mirá, te voy a contar una cosa: yo me largué a llorar en la tribuna, pero viste cómo es. Medio que me hice el pelotudo para que los muchachos no se dieran cuenta. ¿Sabés el gaste que me habría morfado?

—Y mirame ahora, Loquito -siguió Puchero, como si no hubiese escuchado la confesión de Sigurna o como si no le interesara-: estos zánganos me acusan de matar a Taberneta. ¡Me cago en el momento en que decidí agarrar la pelota y patear el penal! Le tendría que haber dicho que lo pateara a Vigo, que sigue robando, para que se quemara de una buena vez. ¿Por qué no lo acusan a él de chorro, si le está sacando la plata a los pobres laburantes que pagan la entrada? 40 largos y todavía sigue jugando, ¿dónde la viste, Loquito? O sino al Polaco González, otro ladrón de gallinas, que lo mejor que hizo en su vida fue cabecear un arco y quedar 17 meses en coma. ¿Encima sabés lo primero que dijo cuando se despertó? “¡Gol!”. ¿La podés creer esa, Loquito? ¡Qué gol

JUICIO PENAL

ni gol, batracio, si le erraste a la pelota y cabeceaste el palo izquierdo! Ni córner fue. Pero no, ni Vigo ni González. Agarré la pelota y pateé yo. Qué bolas tristes, Loquito...

Sigurna acompañó el silencio durante unos cuantos minutos. Hasta que preguntó, no poniendo en juego la historia, no profanando su figura ni revisando la liturgia del ya clásico grito de Puchero, sino más bien como un gesto de complicidad, de poner el hombro amigo, cubriendo con torpeza la chance de que a Aldunati le faltaran confesores de confianza:

–Pero Puchero, ¿lo tiraste afuera a propósito?

El Gordo Chou trabajaba en una casa de sepelios y tenía sexo con las

JUICIO PENAL

3

muertas para comprobar, decía, la frigidez post mortem. “Debe ser cierto porque no dicen ni mu”, concluía en sus averiguaciones, más allá de que, por vanidad pura y urgencias de masculinidad, en algunas quisiera observar cierta mueca de satisfacción. Para el momento en que le explicaron que no se trataba de frigidez, sino de rigidez cadavérica (“ya las notaba yo algo duritas”, comprendió incluso), la trascendencia de su necrofilia ya le había dado justa fama de loco y, con ello, el liderazgo de la hinchada.

Fisher, Faia y Sagardía, sus antecesores, le cedieron el caudillaje sin decir ni mu, igual que las pobres muertas a las que Chou científicamente sometía, y se confinaron en una discreta pero segura segunda línea. Siete años mantuvieron el poder que le habían arrebatado a Sigurna apenas días después del debut en la Primera de Aldunati: “O te vas -lo amenazarán-, o contamos que lloraste”. Sigurna, que también era loco pero no se suponía la valentía de enfrentarse él solo contra tres, prefirió entonces mantener su llanto como un secreto inconfesable (una opción que sus sucesores le permitieron), abrir el local de merchandising y seguir yendo a la cancha como un espectador común, aunque le costó unos cuantos partidos poder alzar otra vez la frente. Con él también partió Dumbo Pérez, un poco por solidaridad y otro poco porque su padre amenazó con cortarles los víveres si no terminaba la carrera y seguía juntándose con esos vagos de la cancha.

Chou fue creciendo al amparo del triunvirato y afianzando su vehe-

JUICIO PENAL

mencia combativa hasta aquella vez del enfrentamiento con los hinchas del Bocayuva, el primero de la barra del Saranda, paso previo de su llegada al poder y episodio que pasó a la historia bajo el nombre de “La batalla acuática”, porque ocurrió en días de carnaval y los contendientes dirimieron la disputa a los baldazos. La PUM llegó con un carro hidrante, risueña amenaza para la humedad que corría entre los peleadores, y terminó entonces apelando a los lanzagases, aunque un agente observó, con criterio, que el lacrimógeno objetivo final, por mojado, tampoco habría de ser un recurso feliz para espantar a los inadaptados.

Sí lo fue, sin embargo, y Sigurna siempre lamentó no estar allí para ver las lágrimas de Faia, Fisher y Sagardía: la amenaza de que trascendiera su propio llanto de aquel día del debut de Puchero en Primera habría quedado entonces tácitamente cancelada. Y tal vez no le alcanzaría para recuperar el trono, pero sí para que Fisher, Faia y Sagardía lo reivindicaran en público aclarando, por ejemplo, que se fue por propia decisión y no porque lo echaran, como trascendió pese al silencio. “Sigurna, leal caudillo de nuestras tropas, creyó oportuno dar un paso al costado so pretexto de haber cumplido un ciclo”, se imaginaba incluso el discurso que podría decir alguno de los tres que lo habían desalojado. En su pretensión, sin embargo, no advertía que tan puro lenguaje restaría credibilidad a la versión renovada de la historia. Sobre todo en boca de Fisher, llamado Motoneta por un catarro que, de tan constante, lo obligaba a una estentórea, escandalosa producción de, promedio, tres gargajos por minuto.

Las internas por el poder de la hinchada y la disputa por los negocios que permitía la dirigencia en la tribuna se olvidaban o quedaban a un costado sólo, y justamente, ante el nombre de Aldunati, al que todos le rendían una coincidente pleitesía. Así fue durante más de una década, en la que Puchero en efecto rechazó ofertas locales y del exterior para seguir vistiendo la gloriosa camiseta del Saranda. Existió una propuesta, sí, que casi lo convence de cambiar de colores. Fue del Peces Gordos, club que, desde la compra millonaria de los restos del

JUICIO PENAL

mítico Coliseo para reconstruirlo y convertirlo en estadio propio, tenía fama de hacer operaciones de lavado de dinero. El Peces Gordos quiso esa vez sumar a Aldunati a su plantel y ofreció: unos cuantos pesos, algunas pelotas, un juego de camisetas, tres pares de botines y un guante de lana, Puchero supuso entonces que sería para su compañero el Manco Gómez, famoso por lo friolento. En los partidos invernales Gómez salía con un guante de lana en su mano derecha y el muñón en el que terminaba su brazo izquierdo protegido por la propia manga de la camiseta, cuyo largo incluía el cálculo de la mano y por eso le sobraba. Y los dirigentes del Saranda aceptaron la proposición del Peces Gordos. Sin embargo, a Aldunati no le cerraron los números de su contrato. “Me quedo en el Saranda”, explicó en forma escueta y, como aquella vez del llanto en el debut (pero acaso sin especularlo), sacó nuevo provecho de una frustración particular para ganarse la simpatía de la gente.

“Ole lé, ola lá, Puchero es del Saranda y del Saranda no se va”, le cantaron al partido siguiente. Y también: “Si Puchero se va al Peces Gordos, matamo’ al tordo, matamo’ al tordo”, una clara amenaza hacia el presidente del Saranda, el doctor Seisdedos, conocido proctólogo de la zona.

La corriente que corría, única, detrás del surco que dejaba Aldunati en su camino, empezó a cambiar con la llegada de Aquiles Taberneta a la dirección técnica del equipo. Taberneta tenía merecida fama de obsesivo, condición que permitía diferentes lecturas: lo que hacia afuera podía verse como un síntoma inequívoco de seriedad y trabajo (siempre que acompañaran los resultados), hacia adentro, para buena parte del plantel, no era más que tacticismo inservible, pólvora en chismangos, una puntilliosidad absurda que no llevaba nunca a ningún lado y mucho menos a la victoria.

El plantel se dividió en dos: los que aprobaban las fórmulas traídas por el nuevo DT y los que, encabezados por Puchero, desconfiaban del método. “En el fútbol no hay secretos, papá. Somos 11 contra 11, hay dos arcos y una pelota”, argumentaban.

JUICIO PENAL

La hinchada, a partir de la trascendencia pública que tomó la fractura del plantel, también se separó: Chou y Sagardía, los más ansiosos de la barra para que el Saranda hiciera de una buena vez una campaña respetable, empezaron a mostrar su simpatía hacia Taberneta, y lo que el equipo no les daba en la cancha se los compensaba el DT en billetes generosos. Fisher y Faia, ahora apoyados en la mítica figura de Sigurna (ya cicatrizado el escarnio de su salida), mantuvieron su lealtad hacia el cacique, el número 5, el capitán, Saturnino Puchero Aldunati, también inversionista al contado en la bolsa del aliento.

En el reparto de la mayoría de los negocios tribuneros, las barras respetaron las leyes del azar: las pelotas eran para el sector en el que caían y lo mismo las camisetas. (Aldunati supo del acuerdo y, en algunos partidos, intentó tirar un par de balones hacia el grupo liderado por Faia y Fisher. Su pegada muy discreta, sin embargo, le interrumpió el gesto: alimentaba menos al bando propio que al enemigo).

La disputa, que había arrancado por lo bajo, fue no obstante en un crescendo paulatino. No tanto como para que tomara estado público o como para que grupos enemigos conocieran la fractura y aprovecharan la ocasión, por ejemplo, para robarse las banderas (de la resistencia original, en esas embocadas habituales, quedaría ahora la mitad). Pero sí para que Comisión, socios y simpatizantes pacíficos del Saranda asistieran a jornadas patéticas, como cuando Chou insistió en pesar los choripanes que recibían gratuitamente los integrantes de uno y otro sector de la barra para que el reparto resultara equitativo o como cuando el Tano Faia, epígono de Dumbo Pérez en la tarea compositiva de la tribuna, quiso cobrar derechos de autor por unos versos que entonaba el grupo rival.

El secreto mejor escondido del Saranda, la ruptura de la barra, tenía por fin, en el juicio a Puchero, su estruendosa trascendencia. Y la suerte de unos y otros estaba íntimamente ligada a la de Aldunati.

-La querrela llama a Gabriel Vigo -anunció Galli en la reanudación del

4

juicio, según una lista de buena fe en la que Sierra le había presentado sus testigos.

El ayudante del juez levantó un cartel electrónico con un número 1 amarillo, lo mostró hacia los cuatro costados de la sala y Vigo, luego de hacer movimientos de elongación pretestimonial en los pasillos y de dejarse revisar la suela de los zapatos por un policía que custodiaba la puerta (trámite que lo obligó a pararse en forma alternada sobre un solo pie y a mantener el equilibrio apoyando una mano sobre un hombro del mismo policía), se persignó, entró al salón cuidando de pisar primero con el pie derecho (sobre el que dio además tres pequeños saltos), caminó hasta el estrado y se sentó a la izquierda de Galli, en un banco uno o dos escalones más abajo.

Lo acompañó un murmullo y, al cabo, el Tano Faia lo recibió al grito de “¡abuelo, volvé al geriátrico!”. Vigo miró hacia el Grupo Sur y le dedicó un inequívoco ademán: el dedo mayor de su mano derecha, y sólo el dedo mayor, extendido hacia arriba. “En mi tribunal esos gestos están absolutamente prohibidos, testigo Vigo”, lo reprendió Galli. Advirtió la rima y se supuso un buen creador de cantitos de tribuna, o al menos de versos mejores que el absurdo “hijo de pupu” improvisado antes por el Grupo Norte.

El ayudante del juez se acercó con varios libros, entre ellos el Código Penal y el reglamento de fútbol homologado por la FIFA. “Por favor póngase de pie, apoye la mano derecha sobre estos textos y responda

JUICIO PENAL

-entonces le preguntó:- ¿Jura decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?”.

-Sí, la verdad que sí -contestó Vigo.

Con el trámite cumplido, Sierra esperó que Galli lo habilitara con un movimiento de la cabeza para dar el puntapié inicial de su interrogatorio, miró a la viuda de Taberneta, se paró, fue hasta Vigo y consultó:

-Señor Vigo, ¿conoce al acusado?

-Sí, lo conozco.

-¿Cómo se llama?

-Puchero Aldunati.

-El nombre completo, por favor.

-No, señor, el nombre completo no lo sé, yo siempre lo conocí por Puchero.

-¡Tome nota, estimado juez -interrumpió Dumbo Pérez, utilizando el recurso oral de un acercamiento afectivo con el fin de darle cauce a la protesta. Según los videos que había visto daba muy buenos resultados, sobre todo después de observar el ejemplo de un abogado que a Galli lo llamó “muñeco” y logró, de inmediato, la absolución de su cliente-. Tome nota, por favor queridísimo juez, para determinar después cuán importante ha de resultar el testimonio de un hombre que ni siquiera sabe el nombre del acusado! ¡Y del que fue nada menos que compañero de equipo, Su Señoría!

-Señor juez -resolvió, rápido, Sierra-, ¿usted recuerda los nombres de pila de sus compañeros de la Primaria? Seguramente no. Pero aun así apuesto que podría identificar los apellidos de los alumnos destacados por sus virtudes o sus defectos, y que podría elaborar de todos ellos un juicio de valor bastante aproximado, sino exacto. En un equipo de fútbol, como en el colegio, la costumbre obliga a tratarse por apellido o por apodo. Y es lógico: pasala Luis, por ejemplo, o picá José, en un partido pueden resultar recomendaciones inconvenientes o confusas, porque es más que probable que entre los rivales haya un Luis o haya un José. La repetición de los apellidos o los apodos, si no hablamos de los García o los Pepes, Su Señoría, suele ser un caso menos habi-

tual, ¿no le parece? Además, Su Señoría, y aunque no estemos aquí para juzgar la capacidad de los padres de Aldunati para darle un buen bautismo, convengamos que Saturnino no es un nombre que merezca ser recordado. Usted podría pensar: “Saturnino es un nombre difícil de olvidar”. Pero, mire usted, resulta lo contrario, un caso de memoria selectiva, y al testigo no se lo puede descalificar por el hecho de que haya borrado de sus recuerdos el horrible nombre del acusado.

(El comentario fue especialmente doloroso para Puchero. Desconfiaba de las bondades de su nombre desde el momento en que su padre, ya internado en un loquero, le confesó que le puso Saturnino porque había sido engendrado justamente en Saturno, luego de que junto con su madre, según le narró con lujo de detalles, fueran secuestrados por una misión interplanetaria de seres alienígenas y dejados allí. A su padre le diagnosticaron “delirium planetarium”, una enfermedad tal vez hereditaria, puesto que él mismo se llamaba Plutonio; o tal vez no: el abuelo de Puchero se llamaba Pedro Anacleto Aldunati, y le decían Pedrito o Tito. En cambio, Puchero no tuvo hijos y nunca se detuvo a pensar qué nombre les pondría en caso de tenerlos un día: sentía terror de descubrirse igual de enfermo).

—Ha lugar -decidió Galli. Sierra le guiñó entonces un ojo a la viuda de Taberneta (moviendo los labios con enfática lentitud, como si le hablara a un sordo, le dijo desde lejos “ley de ventaja”), y retomó:

—Determinada la irrelevancia de que no recuerde su nombre completo, y esperando que el doctor Pérez no nos vuelva a interrumpir con esta clase de trivialidades, le pregunto ahora, señor Vigo, ¿podría decirnos desde cuándo lo conoce a Puchero Aldunati?

—Desde que debutó en la Primera del Saranda.

Hasta entonces, en efecto, Vigo no lo había visto en su vida (ni siquiera en las prácticas previas al partido, a las que, como estrella del equipo que era, había faltado con permiso de Grabia). Pero de Aldunati le quedó una impresión puntual de aquel día del choque con el Libres o Esclavos, fecha inaugural de una Copa de Verano que, por los avatares organizativos de la Federación de Fútbol Nacional, comenzó en pleno

JUICIO PENAL

invierno: fue el único de todos los pibes que ese día debutaban que, a pesar del frío, no se puso otra camiseta debajo de la del Saranda. “Es para sentir los colores en la piel”, explicó cuando alguien notó la valentía, y a Vigo le pareció un gesto de solapada demagogia. “Entonces mejor que corras para evitar este tornillo, pendejo”, lo apuró, y Tranquera, porque hasta allí Aldunati era Tranquera, apenas le devolvió su eterna sonrisa de la paleta ausente. “Y jugá con la boca cerrada porque te va entrar el frío por el agujero y te va a dar una cagadera padre”, agregó Vigo antes de enderezar hacia el túnel, un comentario que valió la risa de parte del resto del equipo. No porque resultara especialmente cómico o mordaz, sino la obsecuencia de los festejantes para quedar bien con el caudillo. (Una lección aprendida minutos antes: Vigo insultó a un par de juveniles por limpiar con la mano o la manga de la camiseta el pico del bidón de agua que venían compartiendo. “¿Qué limpian, manga de maricas? Tomen como viene que acá nadie tiene lepra”, les dio la bienvenida al particular mundo de la Primera).

Peor siguió tras la derrota, porque Vigo fue el único que advirtió aquellos compases iniciales del romance de Aldunati con la hinchada, y mucho peor todavía una vez que Aldunati empezó a sacarle su lugar de privilegio entre la gente, lo que con el tiempo lo obligó a buscar nuevos destinos deportivos.

Así fue que Vigo se convirtió en uno de esos típicos futbolistas tras-humantes (en los 12 años siguientes pasó por 27 clubes de distintas latitudes), nomadismo que le impidió echar raíces y gestar un romance duradero con alguna hinchada pero le engordó en cantidades más o menos generosas su cuenta en el banco. “La carrera de un jugador es corta y hay que aprovecharla. Además no sé hacer otra cosa”, decía, su consuelo ante la carencia de un amor irrompible.

Todo esto contó Vigo como comienzo de su testimonio en el juicio a Puchero, aunque el tono que usó le quitó todo aire de revanchismo, según había convenido en un encuentro previo con Sierra.

–Muy bien, señor Vigo. Y finalmente, a inicios de esta temporada

JUICIO PENAL

volvió al Saranda -recordó Sierra.

-Sí, señor.

-¿Y cómo se produjo su regreso al club?

-Llegué recomendado por Aquiles Taberneta. Tenía mejores ofertas económicas de otros clubes, pero me incliné por el Saranda porque soy hincha del Saranda desde la cuna y porque llegaba con Aquiles, que fue mi técnico en cinco equipos anteriores, incluido el Bocayuva, donde jugué hace tres años.

El recuerdo de su paso por el clásico adversario avivó el odio del Grupo Sur, que hasta allí había seguido en silencio el testimonio de Vigo pero ahora arremetió: “Vigo, compadre, la cosa de tu madre”.

A los integrantes del Grupo Norte también les dolió que el jugador evocara su antecedente en la contra, pero en la boca de Sagardía devolvió “¡No importa, Gabi, igual te perdonamos!”.

-¿Y qué clima encontró en su regreso? -preguntó Sierra tras callarse las hinchadas.

-La verdad, un poco tenso.

-Explíquese mejor.

-Mire. El primer día, nomás, Taberneta se presentó ante todos los jugadores, tiró algunas líneas de lo que quería para el equipo, planteó los objetivos a los que teníamos que apuntar y ordenó un “loco”. Así dijo: “Bueno muchachos, arranquemos con un loco”. Entonces Aldunati se le plantó de frente: “Acá no hay ningún loco, Taberneta. Ahora, si lo que usted nos está pidiendo ya de entrada es que hagamos un trabajo con pelota a uno o dos toques para que ganemos capacidad de reacción y seamos más precisos con los pases, pero nos quiere enroscar la víbora con eso de que juguemos un loco, como si un loco fuese lo único divertido que sabemos hacer los futbolistas en un entrenamiento, bueno, desde ya le digo que puede irse un poco al carajo. Con este frío yo lo único que quiero es tomarme un café con leche con tres medialunas y mojar las medialunas en el café con leche y que me queden las migas mojadas en el fondo de la taza. Así que el loco hágallo usted y el imbécil de Vigo, que para eso vino, para alcahuetearle”.

JUICIO PENAL

Ahí Puchero enfiló para la confitería del club y con él se fueron seis o siete jugadores más, en tanto los otros, incluido yo, nos quedamos a hacer los ejercicios tácticos que pidió Taberneta porque queríamos que el Saranda hiciera una gran campaña. Y si no reaccioné fue para evitar una pelea en el primer día de trabajo de Taberneta.

Un murmullo ganó la sala y todos miraron en dirección del acusado, en cuyo cuerpo, justamente, Puchero Aldunati largaba una risita casi infantil.

–Pero lo peor fue en la pretemporada -siguió Vigo.

–¿A ver? -actuó Sierra, como si ignorara lo que venía en el relato, mientras caminaba lentamente por delante del juez y del propio Vigo.

–Le cuento. Taberneta nos llevó a la montaña. Ahí ya hubo otro problema, porque Aldunati y su séquito querían ir a la playa. Al cuete, como quien dice, ¿vio?, porque quién iba a meterse al mar con ese frío, aunque después los comentarios eran que Puchero y sus amigos pretendían ir a un lugar que tuviera casino y el único atractivo de la ciudad a la que fuimos era una casa de videojuegos con sólo tres máquinas: el Pac-Man, el Space Invaders y otra que no funcionaba. Pero lo que hizo Taberneta fue no sólo cuidar los intereses económicos del club, tenga en cuenta que paramos en una posada con cinco habitaciones para todo el plantel y el cuerpo técnico y comíamos gratis en un restaurante a cambio de publicidad en la camiseta, sino también inclinarse por un lugar cuyas características geográficas resultaran más útiles para la preparación física del equipo. La cosa es que en los 15 días que estuvimos en la pretemporada, Aldunati le hizo la vida imposible a Taberneta -relató Vigo, y luego dio varios ejemplos de las emboscadas tendidas por el ídolo al DT: la cama turca, bombitas de olor en la pieza que compartía con el resto del cuerpo técnico, un sapo en la almohada, salivazos en la sopa y, sobre todas las cosas, una marcada indisciplina a la hora de cumplir con las prácticas.

–Vale decir, entonces, que Aldunati encabezó una campaña para desprestigiar a Taberneta, restarle autoridad delante de todo el plantel y, finalmente, obligarlo a la renuncia o provocar un despido.

JUICIO PENAL

–Sí, podríamos decirlo de ese modo, porque además en los partidos jugaba a media máquina. Qué digo a media máquina: a un octavo de máquina jugaba. Y si ya poniendo todo se puede decir que Puchero es bastante malo, ni hablar de su rendimiento en esos partidos que iba a menos.

–No hace falta que lo detalle, señor Vigo. Todos hemos visto el rendimiento futbolístico que ha desarrollado el acusado en el último torneo. No sé: se me ocurre, así de pronto, aquel partido que jugó con pantaloncitos de tenis en lugar de los de fútbol para poder poner las manos en los bolsillos, una actitud que resumió a la perfección su desgano y su desidia. ¿Y ese encuentro en el que jugó con la camiseta cubriéndole todo el rostro y hasta el último cabello porque quería, dijo más tarde, que los diarios hablaran de la leyenda del volante sin cabeza? O aquel otro en el que el juez le cobró 17 laterales mal sacados, con el agravante de pelearse previamente con los encargados originales de hacerlos, en lo que ahora, a la distancia, se puede interpretar como un intento de asesinato. Porque, Su Señoría, ha de ser difícil para un entrenador mantenerse en sus cabales cuando un jugador suyo hace mal no dos, no tres, ni siquiera diez, sino 17 saques laterales, ¿no le parece? Y prefiero no seguir para que nuestro querido Aquiles no se revuelque en su tumba. Por eso, Su Señoría: la querrela no tiene más preguntas -cerró Sierra.

–Señor Pérez -invitó Galli.

Dumbo Pérez fue directo al hueso.

–Vigo, ya que está en este tren de romper los códigos del fútbol, porque usted sabe que hay cosas que nacen y mueren en la cancha y está muy mal hacerlas públicas, le voy a hacer una pregunta a tono: según había estipulado Taberneta en los entrenamientos, ¿era Saturnino Puchero Aldunati el encargado de patear el penal que finalmente erró y concluyó en los lamentables sucesos conocidos?

Vigo dudó por primera vez en todo su testimonio. “Ehhh...”, titubeó. Desde el Grupo Sur bajó una ola susurrante de festejos por el ataque de Dumbo. El Grupo Norte acusó el golpe y todos sus integrantes se

JUICIO PENAL

dejaron caer sobre sus asientos (el golpe, un estruendo unísono, motivó la alarma entre los miembros de la PUM, que ágilmente blandieron sus bastones y sus lanzagases por si el ruido era invasión de juzgado o alguna cosa por el estilo).

-¿¿Era o no era?! -insistió Pérez.

-No recuerdo bien -intentó Vigo una gambeta estéril, igual que, durante los últimos tiempos, fracasaba en la cancha por su avanzada edad.

-¿No recuerda? Muy bien: voy a refrescarle la memoria. ¡Antes de que mi cliente se encargara del remate, tres compañeros de equipo que no estaban justamente entre los amigos de Puchero se negaron a patearlo!

¿Sigue sin recordar? El Tigre Pachulo, Maraca Maráquez y el Gringo Portilla. ¡Los tres, Su Señoría, -habló Pérez ahora en dirección a Galli- los tres, miedosos u oportunistas, fingieron distintas molestias para eludir la responsabilidad! Pachulo acusó un tirón en el aductor de la pierna derecha, así lo dijo, me tiró el aductor, un caso extraño puesto que Pachulo apenas si sabe reconocerse en el espejo. ¡Lo he visto, así de bruto como es, amenazando a su reflejo por el hecho de sostenerle la mirada! ¿Y Maráquez, sabe lo que acusó? Sueño. Sí, Su Señoría, tengo sueño dijo Maráquez, anoche me acosté muy tarde y miré si me duermo justo en el remate y lo desvíó. Aunque usted no lo crea. Y de Portillo, bueno, qué otra cosa podíamos esperar que no fuera lo que hizo, pararse detrás de una línea lateral y simular que ya había sido sustituido. Entonces yo pregunto: ¿cómo pueden decir ahora que lo del entrañable Puchero fue un acto intencional o premeditado, si ni siquiera era el encargado de ejecutar la pena máxima otorgada por el árbitro, si fue el único con el coraje suficiente para poner la pelota en el punto del penal, darle con la diestra y aguantar lo que viniese, el fulgor de la victoria o el escarmio del descenso?! Pero no esto, señor juez, no esto, por favor. Le pido por favor un poco de cordura... -dejó pasar unos segundos y concluyó:- Eso es todo.

Con paso firme, y acompañado por una ovación del Grupo Sur, Pérez caminó hacia Puchero, se sentó a su lado y, satisfecho, lo palmeó, suave, en la espalda.

JUICIO PENAL

–Dumbo, sos un capo -le dijo Aldunati.

La reacción de Sierra no se hizo esperar:

–¡Su Señoría, la teoría del doctor Pérez es absurda y especulativa! Las oportunidades para un crimen se generan, pero también se esperan, ¿me entiende? ¡Y cometer un asesinato a través de una ocasión no generada, sino esperada como ha ocurrido aquí, no desvincula necesariamente la premeditación! Vigo nos ha dado un detallado relato del enfrentamiento entre Aldunati y Taberneta. Y que Aldunati no fuera el encargado oficial de patear el penal no lo redime de nada: más bien refrenda su frialdad, su paciencia para esperar el momento indicado para la ejecución, y tome la palabra “ejecución” en todos sus sentidos, señor juez. ¿Qué mejor chance entonces que un penal del que en teoría no era el encargado? ¿No es justamente ésa su mejor coartada, Su Señoría?

“¡Grande, Sierrita querido!”, reaccionó el Gordo Chou, que con el contrapunto de Vigo y Sierra había perdido las esperanzas de ajusticiar a Puchero. Y lideró unos versos obscenos del Norte para Aldunati: “¿Qué eres un abogado? Lo tengo acá colgado!”.

–¡Silencio! -ordenó Galli. Todos callaron.

–¿Terminó, doctor Sierra?

–Sí, Su Señoría.

–Muy bien. El testigo puede retirarse.

Increíblemente, Vigo se ofendió por tener que irse del estrado. Era cierto: con su titubeo ante Pérez había provocado un contragolpe inesperado, pero resultó redimido por la reacción de Sierra y, ahora sí, estaba listo para liquidar el pleito, darle a Puchero la estocada decisiva. ¿Qué ignorante planeaba aquella táctica que lo declaraba prescindible, encima con todo lo que tenía para contar? Tuvo un raptó de incertidumbre o de autoestima: quizás “testigo”, como había dicho el juez, se refiriera a otro. “¿Yo?”, preguntó entonces pero sin palabras, sino señalándose a sí mismo doblando su mano derecha y arqueando las cejas hacia arriba.

–Sí, señor Vigo -le confirmó Galli-. Puede irse.

JUICIO PENAL

Vigo se levantó de un golpe, camino con prisa hasta la puerta y pateó una silla antes de salir, porque también le faltó el gesto de compañerismo: no se quedó a ver la actuación de su reemplazante. Mientras tanto, el ayudante del juez volvió a levantar el cartel electrónico, ahora con un 1 en color rojo que, luego de unos segundos, le dio paso a un 2 amarillo.

Galli levantó el brazo derecho, cerró el puño y con el dedo índice extendido dibujó un par de vueltas en el aire, gesto inequívoco de que en este día permitiría sólo el testimonio de una persona más. (Su ayudante acompañó otra vez con el cartel, ahora mostrando un uno pero de color verde).

–La querella llama a Paco Batalla -anunció Galli. Un susurro único de asombro, proveniente tanto del Sur como del Norte (y también desde los pocos imparciales) recorrió la sala: Paco Batalla, el arquero del Saranda, era mudo. Pero Batalla de todos modos se sometió al proceso por el que había pasado Vigo (ejercicios previos, revisión de la suela de los zapatos), y ocupó el lugar de segundo testigo.

El ayudante del juez le tomó juramento, y que Batalla asintiera sólo con la cabeza lo llenó de incertidumbre al punto que repitió tres veces la consulta, “¿Jura decir la verdad y nada más que la verdad?”, cada vez en un tono de voz más elevado.

–¿Pero jura o no jura, carajo?! -se exaltó, hasta que Galli le hizo notar la carencia vocal del testigo.

Aceptada la respuesta silenciosa, Batalla se sometió a las preguntas iniciales de Sierra. Y no hubo mayores problemas ante aquellas consultas que requerían del testigo respuestas monosilábicas, especialmente un sí o un no: conoce al acusado, fue compañero suyo en el Saranda, todas esas cosas. Paco hasta recurrió a un “mas o menos” bastante entendible (extendiendo una mano y haciéndole dar medias vueltas sobre su eje imaginario, de modo que iba poniendo hacia arriba, alternadamente, la palma y el dorso, la palma y el dorso), cuando Sierra le preguntó si consideraba a Puchero como un jugador respetable. “¿Qué mudo de mierda!”, soltó Sigurna a media voz. Batalla lo miró y Sigurna cayó

JUICIO PENAL

en la cuenta, el habitual error de vincular siempre la mudez con la sordera, como hay quienes no conocen la existencia del queso fresco sin la compañía del dulce de batata.

Las complicaciones comenzaron cuando Sierra le pidió a Batalla una detallada descripción de la jugada que desembocó en el trágico penal ejecutado por Puchero, el de la muerte de Taberneta. Porque Batalla hilvanó una serie de ademanes a todas luces incomprensibles (instalando justamente ese silencio de la incomprensión), y la confusión fue creciendo a punto tal que los presentes, los del Sur y los del Norte y los imparciales, ya desesperados, empezaron a proponer interpretaciones en voz alta, como si estuvieran jugando a Dígallo con mímica (o Camino al Oscar). “La enganchó para la derecha”, “Tiró una rabona”, “Desbordó por la izquierda y mandó el centro”, “Lo fauleó” y así, todas opciones que Batalla descartaba negando con la cabeza y repitiendo, cada vez con mayor énfasis, los gestos que venía representando.

Hasta que Galli dijo: “Paren, muchachos, paren. Batalla, esto no es nada personal contra usted, pero Sierra, si usted va a presentar un testigo mudo, al menos preocúpese por aportar un intérprete”.

–Tiene razón, Su Señoría. Perdón -pidió Sierra. (“Me sacó otra amarilla”, le explicó a la viuda del DT, que recordó la tarjeta de la jornada inaugural y entonces temió que el juez le aplicara alguna suspensión por acumulación de amonestaciones).

Dumbo Pérez dejó caer una sonrisa socarrona.

–Batalla, puede retirarse -dijo el juez, y ya fastidiado levantó la sesión hasta el día siguiente.

Defínime el amor, lo cruzó el Loro Sagardía a un amigo que le pedía explicaciones para comprender el idilio de los hinchas del Saranda

JUICIO PENAL

5

con Aldunati. El corazón tiene razones que la razón no entiende, le dijo también Sagardía, igual que la ciencia no puede transitar por los mismos caminos que la fe. El amigo de Sagardía recordó múltiples ejemplos de la famosa ley del embudo y concluyó en que algo de eso debía existir, una cosa inexplicable, un sentido oculto. O tal vez la comodidad de dejar que las cosas sean, en este caso una especie de pereza afectiva, como los matrimonios sostenidos por la costumbre. Porque luego de aquel llanto del debut, símbolo prologal de su pasión por los colores del club, Puchero no acumuló muchos otros argumentos para justificar el romance.

De estética no podían hablar (hay casos de jugadores que se imponen por su belleza antes que por su talento deportivo, y nadie pone objeciones sobre ello), sobre todo tomando en cuenta el album de figuritas que cada año comercializaba la Federación de Fútbol Nacional y en el que Puchero salía, invariablemente, con su sonrisa interrumpida. (Aldunati siempre estuvo entre los fáciles: los fabricantes advirtieron que agujerando la figurita sobre el diente ausente no se modificaba en sustancia su semblante más allá del fondo o el ambiente en el que se la exhibiera y, razón de su negocio, hacían una buena economía de papel. Reforzaron la idea con lógica cromática: la página del álbum que correspondía al Saranda era negra. Así, con el cartón ahorrado en cien figuritas de Puchero podían hacer una de cualquier otro futbolista. Pero la estrategia no duró mucho tiempo: los padres de los pibes

JUICIO PENAL

presentaron una queja por la presencia de Aldunati en cada sobre que compraban, atentando así contra el mercado paralelo de intercambio de figuritas entre los chicos).

Y de calidad podían hablar menos: “Aldunati ya no puede disimular sus múltiples carencias tácticas y técnicas, si es que alguna vez pudo realmente disimularlas, y graves problemas anatómicos tiene un equipo en el que el hueso fundamental de su columna vertebral es, como mucho, un lastimoso, desorientado peroné”, lo resumió el prestigioso periodista Roger Milla en su columna dominical del diario deportivo más importante del país.

Sin embargo ahí estaba Puchero, camino a convertirse no en la página central de la historia de la institución sino en leyenda, mito, protagonista de gestas transmitidas de generación en generación, futuro nombre del estadio del Saranda.

El que quiso interponerse en el destino fue, justamente, el doctor Seisdedos. Después de unas cuantas comisiones que prefirieron descansar sobre las espaldas de Aldunati antes que analizar en profundidad su rendimiento, y de sufrir hasta el final de cada campeonato para salvarse del descenso (no porque Puchero y compañía sintieran placer de jugar con el peligro y esperar hasta último momento para sacar sus mejores cualidades, sino, simplemente, porque siempre aparecía un equipo peor, por lo general uno de los ascendidos en la temporada previa), Seisdedos llegó a la presidencia con la intención de cambiar la historia. Había ganado las elecciones con la promesa de llevar al Saranda a lo más alto del fútbol mundial, aunque se vio favorecido por la renuncia en el día previo a los comicios del candidato restante, y entre los métodos escogidos para llegar a su meta, además de la eventual compra de partidos y de árbitros y estrategias de marketing para vender la camiseta del Saranda en mercados inexplorados como Fiji, Madagascar y Kamchatka, estaba una rígida depuración del plantel, Saturnino Puchero Aldunati a la cabeza.

No resultaba tarea fácil: por el amor de la gente y también por algunos antecedentes. Eran conocidos los fracasos de los técnicos que, por

JUICIO PENAL

enfrentamientos o por la razón simple de recordar quiénes mandaban, habían provocado Puchero y sus amigos. “Si cinco o seis jugadores de un plantel se ponen de acuerdo -había asegurado en una entrevista, más allá de que no diera ejemplos puntuales ni confesara haberlo hecho alguna vez-, se cargan hasta al entrenador más pintado”. Y, un poco porque trascendía su peso entre la gente del Saranda, otro poco porque en efecto caía simpático entre buena parte de sus compañeros (voz cantante para pelear los sueldos, las primas y los premios; fervoroso defensor de los derechos gremiales del trabajador del fútbol; contenedor confiable ante las recurrentes rabietas de la hinchada), nunca le costó la acumulación de voluntades internas en el grupo.

Seisdedos, entonces, esperó con paciencia la chance de terminar con la leyenda de Puchero. Lo quería lejos (y hasta muerto, para que una vez retirado no reclamara un puestito en el club al que le había dado tanto). El presidente no abrió la boca ni dejó entrever sus intenciones durante buena parte de su mandato, pero finalmente, tras el fracaso de algunas negociaciones por la venta del volante y para no cargar el costo político de la decisión, salió a buscar un técnico que cumpliera con su idea.

En las reuniones que tuvo con los primeros tres o cuatro entrenadores cayó en el error de explicitar el objetivo. “Lo primero es volar al cáncer de Aldunati”, pedía. Ninguno quiso aceptar la oferta, ni siquiera Peduti, un oncólogo amigo al que recurrió ya desesperado: la salida intempestiva o poco clara de Aldunati, intuían todos, los pondría varios puntos abajo en la consideración popular. Y para un técnico no hay nada más difícil que remontar o revertir el desprestigio cosechado ya de entrada en la tribuna.

Seisdedos optó entonces por buscar a un DT al que sus métodos de trabajo o modus operandi lo enfrentaran naturalmente con Aldunati, poco apegado a la rutina de prácticas y un permanente detractor del doble turno. “Nos matan en la semana y al domingo llegamos cansados”, explicó cierta vez después de una catastrófica goleada.

“Tiene que ser Taberneta”, concluyó Seisdedos en su despacho. Por

JUICIO PENAL

cuestiones personales no sabía si su contratación era lo más recomendable, pero las urgencias deportivas lo obligaron a convencerse de que sí, que sería un beneficio en todos los sentidos: Taberneta, Aquiles Taberneta, el técnico de moda. Verdadero obsesivo de la táctica y la estrategia, voraz consumidor de pizarrones, su última innovación había sido lo que se dio en llamar el “oblicuero”, a su juicio la evolución natural del carrilero: no se trataba ya del frenético ida y vuelta a lo largo de la cancha, sino de una carrera diagonal desde la derecha de la defensa hasta la izquierda del ataque o, al revés, desde la izquierda de la defensa hasta la derecha del ataque. Era, desde el punto de vista geométrico, una función bastante más abarcativa. Y también una llegada por sorpresa (“¿Qué hacés vos por acá?”, les preguntaban los rivales eventuales a jugadores que, según las formaciones anunciadas, arrancaban como 3 ó como 4), más allá de que con el correr de los partidos la eficacia dejó de ser la misma. Taberneta le exigía a sus “oblicueros” un buen manejo de las dos piernas y, además, requería en sus planteles la presencia mínima de cuatro “oblicueros”: el desgaste que sufrían por despliegue semejante lo obligaba a cambiarlos a ambos al final del primer tiempo.

Si el invento de Taberneta había barrido casi por completo con las funciones convencionales de los jugadores, ni que hablar de la influencia que tuvieron los nuevos especialistas sobre la vieja posición de centrojás, el volante central, el número 5, curiosamente el puesto de Aldunati. “El 5, tal como se lo conocía, ya no existe -explicó una vez el propio Taberneta-. La perfecta sincronización de los oblicueros nos permite asegurar la presencia de uno de ellos en el centro del campo cada vez que el centro del campo se convierte en zona de influencia para el desarrollo del juego. Y si la pelota la tiene el equipo rival y el oblicuero cuenta con capacidad de recuperación, entonces resulta un contragolpeador perfecto, porque no tendrá problemas de orientación en la distribución de la pelota habituado como está a mirar la cancha desde uno u otro perfil. El viejo 5, por eso, sería ahora un obstáculo para la dinámica del equipo antes que una posibilidad de quite y sali-

JUICIO PENAL

da, y de hecho vi varios choques entre jugadores durante los primeros ensayos de la nueva variante”.

(A decir verdad, el propio Aldunati había padecido con la presencia de los “oblicueros” la única vez que le tocó enfrentar a un equipo conducido por Taberneta: parado en el medio, como dirigiendo el tránsito o como si más allá de la frontera marcada por el círculo central supusiera un terreno peligroso, Puchero veía pasar dos ráfagas constantes en una loca carrera diagonal hacia uno y otro arco. “¡Tomale la patente, gorrrrrrdo!”, le gritaban los hinchas adversarios cada vez que quedaba como perdido ante el paso de alguno de los oblicueros. Aunque el empate sin goles con el que terminó el partido le permitió concluir que, al fin y al cabo, a los rivales no los ayudó tanta vorágine, y que seguramente la parcialidad ajena se habría ido masticando la novedad táctica como si fuera un chicle sin sabor).

En su única reunión con Seisdedos, y por conocer de antemano el pedigrí del plantel del Saranda, Taberneta le preguntó hasta dónde podía avanzar en el armado del equipo. “Tiene libertad absoluta”, le respondió el presidente. Esta vez no hizo pedidos explícitos, pero creyó entender que lo que el DT le exigía era la posibilidad de deshacerse de Puchero.

Tras una serie de relatos irrelevantes, en los que los testigos, influi-

JUICIO PENAL

6

dos por Sierra (y en general pésimamente refutados por Dumbo Pérez), coincidieron en la teoría de la conspiración de Aldunati hacia Taberneta, pero no aportaron pruebas concretas de que el penal malogrado resultara en realidad un atentado, el juez convocó a Alexis Chuechick, el Tanque. Su testimonio generaba cierta expectativa a partir de la tempestuosa interrupción de la amistad que había mantenido con Puchero.

Crecieron juntos en las divisiones inferiores y, de la mano del Tiburón Grabia, subieron el mismo día al plantel profesional del Saranda. En aquel debut contra el Libres o Esclavos fue suplente, pero Chuechick, un zaguero redondo y bastante lento, condiciones que le valieron el apodo de Tanque, se convirtió más tarde en el estandarte de la defensa.

El Tanque y Puchero formaron una dupla temible dentro de la cancha, una aduana rigurosa para los delanteros adversarios, alternándose en la tarea de bajarlos para evitar el tarjeteo de los jueces. Y fuera de la cancha forjaron una de esas amistades entrañables, las que prometen eternidad, pero que terminó violentamente por un problema de polleras nunca aclarado por completo. El juicio tal vez fuera la ocasión propicia para la versión final.

Acaso por respeto a la amistad perdida, un gesto anacrónico o retrospectivo, Chuechick rechazó en principio el llamado a declarar bajo el pretexto de cuestiones laborales. Galli, por lo tanto, e impulsado por lo

JUICIO PENAL

que Sierra consideraba un testigo imprescindible, la prueba decisiva de que lo de Puchero había sido un asesinato y no sólo una contingencia del juego, decidió su presentación compulsiva y mandó a dos integrantes de la PUM para que fueran a buscarlo.

“Su Señoría, ya está Chuechick”, le avisó su ayudante al oído cuando la policía trajo al testigo hasta el juzgado. Entonces Galli convocó:

–La querrela llama a Alexis Chuechick.

La puerta se abrió y Chuechick, disfrazado del teletubbie Tinki Winki y mostrando con fastidio las suelas al policía de la puerta (como si sintiera interpeladas no sus cualidades, sino la ingenuidad del personaje interpretado), inició el camino hacia el lugar de los testigos. Desde que una rotura de ligamentos lo había alejado tempranamente de las canchas, el Tanque trabajaba en El Tren de la Alegría, un ómnibus reacondicionado y algo triste o melancólico en el que los pibes daban bulliciosos paseos por la ciudad. A los pocos pasos se sacó la cabeza del disfraz, se la puso bajo el brazo derecho como si fuera una pelota y explicó de mala gana: “Estaba laburando y no me dieron tiempo ni para cambiarme”. Finalmente, con la cabeza al descubierto pero el cuerpo aún de un teletubbie, Chuechick se sentó con trabajo en el estrado. (Colocó la cabeza de Tinki Winki apuntando hacia Aldunati, una metáfora de esa filosa guillotina que había atravesado para siempre su amistad).

Detrás del Tanque, y solidarios con su compañero de trabajo después de las maneras con que los policías lo habían obligado a subirse al patrullero, fueron apareciendo en el juzgado el dinosaurio Barnie, la Pantera Rosa, el canario Tweety, el gato Silvestre y la chica superpoderosa Burbuja o Bellota. Familiarizados con el juicio (un poco por lo que les contaba Chuechick, otro poco por las repercusiones mediáticas del caso), se repartieron entre los grupos Sur y Norte según sus simpatías. Barnie y Burbuja o Bellota se acomodaron entre los del Sur, con Faia, Fisher y Sigurna, para alentar a Puchero; Silvestre y la Pantera Rosa se sumaron a Chou y Sagardía entre los del Norte, los parciales de la querrela, y con ellos habría ido también Tweety, que al cabo pre-

JUICIO PENAL

firió sentarse abajo, con los neutrales, para no compartir tribuna con Silvestre y evitar así la desorientación de los niños que eventualmente estuvieran en el lugar. (La misma lógica por la que, a bordo del Tren de la Alegría, uno iba adelante y el otro atrás, aunque ambos, como el resto, moviéndose con torpeza al compás de las canciones de Gaby, Fofó y Miliki).

Debajo del disfraz de Tinki Winki y bailando La gallina Turuleca o Mi barba tiene tres pelos y hasta Hola don Pepito hola don José, Chuechick escondía su fracaso deportivo, una decepción que lo había llevado con recurrencia a la bebida y generado, a menudo y desde una perspectiva ajena o exterior, la desopilante escena de estar ante un tele-tubbie borracho (a veces la cabeza del disfraz en la barra, otras veces trabada sobre su propia frente y mirando hacia arriba, como si fuera la tapa a medio abrir de una cajita musical). “Hermano, cómo te quiero”, le decía Tinki Winki a los ocasionales parroquianos. En los momentos de lucidez, en cambio, el Tanque se preguntaba quién se escondería detrás del verdadero Tinki Winki (si es que puede llamarse verdadero a algo que en realidad no existe), qué miserias habría ocultas detrás de la inocencia, debajo de ese traje violeta y gordo.

Ahora, sentado en el estrado y con la cabeza al descubierto, se le advertía con claridad cierto nerviosismo, sensación reforzada por un par de gotas generosas de sudor que le caían ya por las mejillas, como si se planteara el dilema de ser fiel al odio actual o al amor pasado.

Los grupos Sur y Norte le reforzaron con sus versos ese movimiento pendular de la indecisión. “Si a Puchero lo tirás al bombo, va a haber quilombo, va a haber quilombo” o “Tinki Winki botón, Tinki Winki botón, sos amigo de Laa-laa, la astuta madre que te parió”, lo amenazaron Fisher, Sigurna, Faia y hasta Barnie, ya compenetrado en la tarea del aliento hacia Puchero (aunque ayudado también por la disputa particular que mantenía con Tinki Winki sobre el Tren de la Alegría por la preferencia de los pibes). “Barnie, no insultés porque te van a meter preso”, le había informado Sigurna sobre las disposiciones de la PUM. “Chuechick, querido, el Norte está contigo”, lo defendieron

JUICIO PENAL

Chou y Sagardía. Y agregaron, a partir de las compañías ocasionales: “Mamadera, mamadera, mamadera, mamadera, los del Norte se la bancan con Silvestre y la Pantera”.

Galli les pidió silencio y, por fin, luego del hábito de tomar juramento (el ayudante dudó de la legalidad de un trámite cumplido bajo el traje de un teletubbie, pero no quiso someterse a los retos del juez como le había ocurrido con Batalla el mudo), le cedió el paso a la primera consulta del doctor Sierra.

–Señor Alexis Chuechick, la querrela sabe que usted fue testigo presencial de un episodio clave para este juicio y que, a través de su relato, podremos establecer finalmente la culpabilidad del acusado. Sin embargo, para comprender más cabalmente las circunstancias en las que ocurrió este episodio, ¿podría recordarnos antes cómo se produjo la fractura de su amistad con Saturnino Aldunati?

Dumbo Pérez iba a protestar por la rápida conjetura del doctor Sierra, pero a punto de pararse se detuvo mirándolo a Chuechick. Porque Chuechick dudó justo antes de hablar. Se secó el sudor con la manga derecha del disfraz y pronunció un “eh” apenas audible. La voz se le cortó en un estremecimiento, se llevó las manos al pecho y cayó aparatosamente al costado del estrado, aunque el traje de Tinki Winki alcanzó a amortiguarle el golpe. “¡Llamen a una ambulancia!”, pidió a los gritos Sierra. El gato Silvestre, que llegó a la carrera, le hizo los primeros masajes cardíacos, aunque Tweety, con coherencia socorrista (y cierta desconfianza ante la chance siempre latente de que Silvestre le zampara un tarascón), le hizo notar que con el disfraz de teletubbie todavía puesto no obtendría los resultados esperados. La chica superpoderosa Burbuja o Bellota y la Pantera también se sumaron al rescate, y apenas Barnie quedó alejado, culposo, apoyado con los codos en las barandas de la bandeja superior, mirando la agonía de Tinki Winki como si fuera consecuencia de su antipatía personal.

Llegó la ambulancia y Chuechick, ahora vestido apenas con unos calzoncillos viejos, es decir casi desnudo, fue sacado en una camilla transportada torpemente por cuatro voluntarios a falta de carrito. En

JUICIO PENAL

el medio del juzgado, y ya como la memoria de un testimonio que era clave y murió en las vísperas, quedó tirado su disfraz de Tinki Winki. El juez Galli levantó entonces la sesión hasta el día siguiente. Pensó en despedirse diciendo “aió, aió” y agitando velozmente sus dos manos en el saludo, igual que se despiden los teletubbies al final de su programa, como un homenaje al Tanque. Optó en cambio por un par de fuertes martillazos sobre el estrado.

Puchero no pudo dormir pensando en la salud del Tanque. El testimo-

JUICIO PENAL

7

nio -pensaba ahora-, según el tono o la intencionalidad de las palabras, podría haber definido su destino, y desde ese punto de vista sintió algo así como gratitud por lo ocurrido. Daba por sentado que Chuechick intentaría hundirlo, hacerle pagar con cárcel y oscuridad lo que interpretaba como traiciones del pasado. Sin embargo le pareció que la posible muerte del que había sido su gran amigo era un precio muy alto para garantizarse la absolución, la libertad.

“Ya está”, decidió: incluiría él mismo en su declaración final la descripción que Chuechick no llegó a hacer de aquel hecho por el que, calculaba Sierra, se reforzaría su culpabilidad. Hablaría con la voz más neutral posible, se dijo Puchero, no un análisis sino un relato objetivo, y dejaría que fuera el juez quien sacara las conclusiones pertinentes.

Aliviado por la determinación tomada, Aldunati restañó las heridas aún abiertas recordando anécdotas que lo vincularan con el Tanque: se vio corriendo en cámara lenta con su amigo por un parque, él con su sonrisa de la paleta ausente, Chuechick con esos pasos torpes de su pesadez, tomados de la mano y deteniéndose para oler algunas flores (acaso un recuerdo idealizado de lo que en realidad eran sus trotes habituales de los entrenamientos, en los que en efecto se detenían detrás de unos arbustos no para buscar una fragancia sino para esconderse de los eventuales preparadores físicos, a los que invariablemente consideraban enemigos); y después se vio ajusticiando a Mandrake Pedernera, la estrella del Bocayuva, al que en conjunto sometían en

JUICIO PENAL

voz baja a una tortura psicológica en cada clásico, “tu mujer está con otro”, “hacele un ADN a tu pibe que se parece cada vez más al verdulero”, esas cosas, o al que castigaban con un par de patadas que lo obligaban a salir del campo; y después se vio con el Tanque en la primera práctica que los reunió, en la Novena del Saranda, un día de frío terminado con un café con leche en el bar de la esquina y el posterior “Dios se lo pague”, porque no tenían un mango en el bolsillo y se escaparon corriendo antes de que se diera cuenta Manolo, el mozo enquistado sobre la barra del “Saranda corazón”.

(Este episodio resultaría con el tiempo en uno de los más importante en el anecdotario de Manolo, que se cansó de tergiversar que en su primer encuentro con Puchero le había regalado un café con facturas porque le reconoció no un camino inexorable hacia el estrellato sino, sencillamente, la pobreza. Y, de paso, a Manolo el recuerdo le servía para rechazar su fama de miserable, ganada entre otras cosas por las fetas transparentes que ponía en el especial de salame o jamón y queso o el hielo multitudinario de sus vasos para servir un poco menos de bebida).

Rayuela fantástica, Puchero viajó a los saltos con su imaginación y su memoria por los momentos más emotivos de su fraternal relación con Chuechick. Hasta que cayó, una arbitrariedad de esa cronología imprecisa a la que se había entregado mansamente, en el punto preciso en que la amistad se rompió.

¿Cómo dejamos que pasara aquello?, se culpó a sí mismo o a los dos. ¿Cómo se echó a perder nuestra amistad, si era lo mejor que teníamos?

Entonces prefirió hacer un nuevo intento por dormirse antes que quebrar ese instante mágico que se había permitido allí en su celda, mientras esperaba la reanudación del juicio. Pero ya era la primera hora de la mañana y, en el cambio de guardia en la comisaría, un policía le dijo: “Puchero, avisaron del hospital que Chuechick está bien”.

A Aldunati se le transformó el semblante, así, de repente: “¿¿Cómo?!” , preguntó corriendo hacia la puerta de su celda y agarrándose de las

rejas un gesto practicado en los alambrados de la cancha del Saranda para la ocasión nunca arribada de festejar un gol propio con sus parciales. “Lo que oís, Puchero. Lo de Chuechick fue sólo un cuadro de baja presión y a la tarde le dan el alta”, le agregó su nuevo centinela. El Tanque, pensó Puchero, se convertía nuevamente en su enemigo. Y todos los paisajes evocados un rato antes habían sido pura sensiblería, un mal chiste de la soledad. “¿Y si lo llaman otra vez a declarar?”, supuso ahora. Más: “¿Y si encima viene ensañado por lo que le pasó ayer?” Redoblado el enojo o el miedo original, porque no supo diferenciar qué sintió en realidad al escuchar la tarde anterior el nombre de Chuechick en boca de Galli, empezó a pensar en fórmulas diversas para descalificar el probable testimonio.

Podría ser el ojo por ojo. “Si me hunde, entonces yo cuento lo que pasó en la concentración antes de jugar con el Salpicré”, amenazó en silencio. El caso había trascendido en el plantel y llegó, ya un rumor lejano, hasta oídos de algunos de los directivos del club, pero nunca tomó estado público por el hermetismo o la complicidad impuesta por el propio Puchero.

Porque para Aldunati, el problema de sonambulismo de Chuechick era una cosa habitual a partir de su invariable compañía en la habitación de las concentraciones del equipo. Se había acostumbrado a despertarse por los gritos desesperados del Tanque en el medio de la noche, profundamente dormido, llamando a su madre o a su perro Tanqueta; y hasta incluso de sentir el cuerpo gordo y sofocado de su amigo metiéndose entre las sábanas de su propia cama no por cuestiones sexuales, sino simplemente porque estaba atravesando alguna pesadilla y tenía miedo. “Tengo miedo, mamá”, le decía el Tanque, con lo que Puchero comprobaba que Chuechick dormía. Y le seguía la corriente: “Ya pasó, Alexis, ya pasó”, lo calmaba con pequeñas palmadas en la espalda.

Sin embargo, lo de aquella noche previa al partido con el Saplicré le resultó insólito: primero se sobresaltó y despertó al grito de “¡Es-cán-da-lo, es un escándalo!”, y de inmediato observó cómo Chuechick, mientras cantaba, movía las caderas al estilo Raphael; el Tanque conti-

JUICIO PENAL

nuó su popurrí dormido con breves extractos de “Me enamoré otra vez, mira que tonta fui”, de Daniela Romo; “Qué más da que me llamen el bala perdida”, de José Vélez; “Provócame”, de Chayanne; una de Paloma San Basilio de la que no recordaba el nombre y “El último trago”, en una versión en la que Puchero no supo descifrar si se trataba de Chabela Vargas o Andrés Calamaro. Chuechick adaptaba su voz según los intérpretes originales (en los casos femeninos un ridículo falsete de su ronquera sempiterna), y Aldunati no entendía cómo esa cosa fofa en calzoncillos pretendía, a través de voz y movimiento, sensualidad y romanticismo. Eligió terminar con la parodia cuando el Tanque, cantando “My heart will go on”, de Celine Dion, extendió los brazos y se paró en el borde de su cama, igual que hacía Kate Winslet en la película Titanic, con serios riesgos de terminar desparramado contra el piso. “Eh, Dicaprio, abrí los ojos”, lo sacudió Puchero (hasta tuvo ese gesto fraternal de llamarlo Dicaprio en vez de Kate), y Chuechick apenas devolvió un “¿qué carajo pasa?” antes de volver a acostarse y seguir durmiendo.

Lo dicho, Puchero se encargó entonces de silenciar cualquier posibilidad de trascendencia entre los otros integrantes del plantel (también despertados por el desaforado recital), aunque sí le contó al Tanque lo ocurrido. Ahora, justamente, la antigua complicidad le permitía mantener cierto poder en esa pulseada imaginaria que, de volver al estrado, mantendría con su ex compañero. Sí, se convenció Puchero, eso haría. Lo amenazaría con la mirada y bastaría, porque hay cosas de una amistad que sobreviven aun a su muerte. Y, a cuento del episodio con el que, de ser necesario, transformaría a Chuechick en la burla del fútbol nacional, creyó recordar que aquel partido con el Salpicré, un 0-5 en contra, había sido el peor del Tanque en su carrera, (igual que lo había sido la actuación de su noche previa en la carrera de cantante que desarrollaba en sueños). Sí, se repitió como anticipándose a la venganza, lo del Tanque aquella tarde en Corrientes fue una cosa lastimosa. De todas maneras, para no quedarse con la duda y certificar que el partido de Chuechick había resultado desastroso, de la mesa de luz

JUICIO PENAL

sacó una carpeta en la que tenía recortes de diarios y revistas de toda su carrera y buscó el comentario del encuentro. Puchero fue mojóndose los dedos con saliva para cambiar las páginas de a una. Hasta que la encontró. Y leyó:

“¡Qué prestancia! ¡Qué dignidad en la derrota, mis amigos! Una perla en el pantano, como un frágil caniche perdido entre los chanchos pero aun así eligiendo distinguirse a los ladridos en vez de buscar el disimulo... el disimulo... (si los perros ladran y los gatos maúllan, los chanchos, ¿qué carajo hacen los chanchos, además de esas costumbres pestilentes que sabemos?). Como fuere, digamos que soportando con hidalguía las desventajas físicas e higiénicas, porque había que ver las condiciones de aseo de su indumentaria, Chuechick fue el único punto alto del Saranda. El otro extremo, en lo que ya es una costumbre, le correspondió a Aldunati, cuyo rendimiento ya no merece más palabras”, leyó. Buscó la síntesis: al Tanque le habían puesto un 9 y a él, un 2, el puntaje más bajo de la cancha. La firma de Roger Milla al pie del texto lo sacó de sus casillas y revoleó la carpeta contra una pared. “¡¿Qué sabe este Milla de fútbol, si nunca en su vida pisó una cancha?! ¡Si le tirás una pelota y la agarra con la mano, el maricón! ¡Si lo tirás al verde césped y pregunta qué van a plantar!””, gritó, furioso, sin advertir que la reacción era un anacronismo o en todo caso un inconsciente deja vu.

–¿Qué pasa, figura? -volvió el policía de guardia.

–Nada, nada. Dejalo así.

–Tomátelo con calma, Puchero -cerró el policía.

“Tomátelo con calma, tomátelo con calma. Como si fuera tan fácil”, se dijo Puchero a sí mismo, ya caminando cabizbajo por los límites de su calabozo y pateando con bronca las hojas de su archivo que, con el golpe, habían quedado tiradas en el piso. Practicó tres dedos, rabonas, combas y voleas, y adjudicó sus fracasos sucesivos a que no se trataba de pelotas sino de papeles (con lo indóciles que los papeles ni siquiera hechos bollos, sino extendidos, suelen ser en el rol de una pelota, ese vuelo exiguo aun sometidos a la más feroz de las patadas).

JUICIO PENAL

El entretenimiento al menos le sirvió para descargarse, liberar parte de las tensiones que le producía no la crónica de Milla, sino, en realidad, la posibilidad del regreso de Chuechick al estrado. Más o menos calmado, se sentó en el piso de la celda y recuperó incluso las hojas más dañadas por sus patadones para rearmar el archivo. En la tarea de estirarse y juntar fue mirando todas las páginas, recordándolas, hasta que se detuvo en una: la tapa que le dedicó la revista Pelotita, una foto gigante de su rostro de sonrisa irregular, como la del pibe de Totally Mad. “Puchero, el ídolo del Saranda”, era el título.

Se entusiasmó con la chance de encontrar la nota correspondiente, y en la búsqueda ya más ágil pero todavía dificultosa (el desorden en la reunión de su archivo) tropezó con otras hojas, gloriosas y tristes, una parábola que lo igualaba incluso con cualquiera de los más brillantes futbolistas que hubiera visto: “Aldunati, cada día más grande” (una precisa semblanza que daba cuenta de sus crecientes ascendencia y obesidad), “El hombre que cambió al Saranda”, “Simplemente Puchero”, “La llegada de Aldunati a la Selección” (una “operación” que, con varios de sus amigos del plantel y sólo para divertirse, le hizo a un periodista partidario), cosas así. La sucesión ahora azarosa de las hojas de su archivo le hizo al cabo una jugada de dudoso gusto: “¿Qué le vieron a Aldunatti?”, preguntaba una nota del diario deportivo. Algún amigo de Milla, supuso.

-Estos giles ni siquiera saben cómo se escribe mi apellido -dijo, y antes de tirarse sobre su pequeño catre llamó al guardia y le pidió un cigarrillo.

8

La reanudación del juicio mostró la novedad de 18 cámaras de TV instaladas en la sala, luego de que la Federación de Fútbol Nacional, la Corte Suprema y el propio Galli llegaron a un acuerdo por el monto y el reparto del cánón que pagó el canal de los deportes.

“El juicio del siglo”, promocionaron la transmisión en la TV, y desarrollaron un despliegue a tono: cinco cronistas en el juzgado, un conductor en el piso, periodistas, abogados y futbolistas invitados para dar sus veredictos o recordar detalles de Taberneta o Puchero e imágenes de archivo de los protagonistas.

Galli entró arreglado para la ocasión, con varias publicidades en su indumentaria y hasta teñida de rojo, el color de moda, su peluca victoriana. (“¡Qué hacés, Nicole Kidman, ¿dónde dejaste a Tom Cruise?!”, le gritó, desafiante, el Gordo Chou). Por la TV, su ingreso al estrado fue repetido en cámara lenta y analizado por un adivino que, más allá de que fuera presentado como un especialista en leer la borra del café, por el semblante del juez concluyó en que la sentencia final sería culpable o inocente, lo que motivó la admiración del resto de los invitados.

Galli llegó a su silla, tomó lentamente un sorbo de agua mineral (preocupado de que la marca apuntara a la cámara principal), se colocó un pequeño audífono en la oreja, acomodó el micrófono, agarró la lista de su estrado y preguntó:

-Habíamos quedado en Chuechick, ¿no?

JUICIO PENAL

–Sí, Su Señoría -confirmó Sierra.

Galli bajó su mirada a la lista como para convocar al siguiente testigo, pero Sierra lo interrumpió:

–Su Señoría, antes de pasar al nuevo testimonio, queremos volver a llamar a Alexis Chuechick.

–¡Protesto! -intervino rápidamente Pérez, mientras la puerta entreabierta dejaba ver la silueta del Tanque, despojado del disfraz de Tinki Winki, y Galli miraba como desconcertado-. Señor juez, me parece oportuno recordar que el reglamento prohíbe el ingreso de un testigo que ya ha sido reemplazado.

–Pero Su Señoría -refutó Sierra-, como hemos visto, el testigo Chuechick no fue reemplazado por otro sino que salió para ser atendido, con lo que su regreso está, por ley, absolutamente permitido.

–¡Vos no sabés nada! ¿Cómo pretendés que vuelva un tipo que salió si ya terminó la jornada original en la que participaría? En todo caso, lo que podés hacer es presentarle al tribunal un pedido para reemplazar a los testigos lesionados y esperar que te lo acepten. ¡Pero esto no! -lo increpó Pérez.

–¡El que no sabe sos vos! -devolvió Sierra.

El enfrentamiento se fue haciendo a tal punto estrepitoso que Galli martilló con fuerza y los obligó a que se acercaran hasta su estrado. “Señores -les dijo en voz baja, aunque sin advertirlo había dejado el micrófono abierto y su reto fue transmitido en vivo y directo-, ¿qué carajo les pasa? Si me siguen rompiendo las bolas los echo a los dos y elevo un informe hablando de desacato, ¿me entienden?”.

A diferencia de los televidentes, allí en la sala los integrantes de los grupos Norte y Sur no llegaron a escuchar, pero vieron con claridad los gestos de Galli dirigidos a los abogados, el ceño fruncido, las manos superpuestas y en veloces movimientos laterales, como si fueran enfáticos cuchillos cortando el viento.

Cuando Sierra y Pérez volvían, cabizbajos, a sus lugares, Galli les pidió que se acercaran otra vez: “Una cosa más, señores. Ambos tienen trajes del mismo color y el director de cámaras me avisa que pueden

JUICIO PENAL

confundir, sobre todo a los televidentes que todavía tienen aparatos en blanco y negro. Así que, como el tribunal es imparcial y no podemos establecer ninguna aproximación de localía hacia alguno de ustedes, vamos a hacer un sorteo para determinar cuál de los dos se cambia el traje y seguimos el juicio”. El juez sacó de inmediato una moneda de un bolsillo, la arrojó hacia arriba y, una vez que cayó en su mano derecha, la tapó con la izquierda y preguntó:

–Sierra, ¿cara o ceca?

–Ceca.

Galli descubrió la moneda: ceca.

–Señor Pérez, se tiene que cambiar el traje.

–Pero, Su Señoría, ¿dónde quiere que consiga otro traje ahora?

–No sé, Pérez. Si quiere, acá quedó el disfraz de teletubbie del testigo Chuechik. Puedo otorgarle una excepción y permitirle que trabaje disfrazado.

–No, gracias, Su Señoría. Déjeme salir que en cinco minutos vuelvo. Galli avisó de un receso de diez minutos que la mayoría de los presentes en la sala aprovechó para ir al baño (salvo el hijo de Taberneta, que exigió una Coca Cola y un pancho). La TV, en cambio, debió recurrir a una extensa e improvisada serie de publicidades que al propio juez le valió un reto del gerente de programación del canal de los deportes. Desde afuera llegó un grito. A los pocos segundos Pérez volvió, despeinado, con un traje de otro color, aunque no especificó de dónde lo había sacado. Galli tampoco preguntó y, especulando que una nueva sentencia en contra de Aldunati podría desembocar en una acusación de parcialidad, dijo: “Se dictamina que Chuechick no puede comparecer”, y golpeó con el martillo para certificar ruidosamente la decisión.

–Pero... -intentó Sierra.

–Pero nada, doctor Sierra. Basta de jugarretas. Ya que el doctor Pérez consiguió otro traje, pueden devolverle a Chuechick su disfraz de Tinki Winky para que siga trabajando. Entonces, doctor Sierra, según su lista, sólo le queda un testigo.

(“Me cobró orsay”, le explicó Sierra a la viuda de Taberneta, quien se

JUICIO PENAL

extrañó entonces de que el juez decidiera un fallo semejante sin que su ayudante hubiera levantado antes banderín alguno).

Aldunati pensó en caminar en cuatro patas hasta el lugar de Sierra, levantar la pierna derecha y simular ser un perro orinándolo: la coreografía se la había visto a un delantero colombiano, y aunque nunca pudo hacerla propia por su ineficacia en la red contraria, ahora finalmente tenía la ocasión. Prefirió, no obstante, dejar cualquier forma de festejo hasta el final, y apenas cruzó con Pérez una mirada aliviada. Habían eludido una instancia difícil. Les venía otro duro enfrentamiento.

–La querrela llama al doctor Seisdedos –dijo Galli.

Los integrantes del Grupo Sur, a quienes Seisdedos venía perjudicando en el reparto de las localidades desde la llegada de Taberneta, saltaron de sus asientos y cantaron: “Teque teque, toca toca, esta hinchada está re-locá, escuchame che Seisdedos, mejor que cerrés la boca”. (Una contradicción a la que los sometió la rima: según pensaban, la inocencia de Aldunati no corría riesgo ni siquiera con lo que dijera el dirigente).

“Se siente, se siente, Seisdedos presidente”, devolvió el Norte luego de que Chou, agotada su capacidad compositiva, recordara el canto con el que habían festejado la victoria de Seisdedos en aquellas elecciones para renovar autoridades.

El presidente del Saranda se negó a que le revisaran los zapatos en la puerta (la prepotencia de los dirigentes, pensó Puchero al advertirlo, esa escasez de costumbres futboleras por la que los consideraba de otra raza u otra clase, delanteros frustrados, mercantilistas a los que sólo les importaba el negocio, y los jugadores que se jodan). Seisdedos, de impecable Armani, se sentó al cabo en el lugar de los testigos.

Después de presentarse y a pedido de Sierra, el dirigente hizo una síntesis de su carrera política y su llegada a la presidencia del Saranda. Declamó su amor por los colores del club, relató su sueño de verlo en lo más alto del fútbol mundial y aprovechó las cámaras para mandarle un saludo a su mamá.

Hasta que Sierra le preguntó: “Y dígame, doctor, después de todos

JUICIO PENAL

estos años al frente de la institución, ¿podría calificarnos a Puchero Aldunati?”

–¿Como jugador o como persona?

–Ambas.

–Como jugador, no tengo dudas de que Aldunati es el mayor ídolo en la historia del Saranda. Desde que yo asumí en el cargo, y también desde algunos años antes, el equipo se ha estructurado alrededor de su figura, una geometría que, por cierto y a partir de su creciente obesidad, nos obligó a parar en la cancha un equipo cada vez más largo y más ancho, para usar términos estratégicos actuales. Aunque también es cierto que su histórico estatismo sirvió para utilizarlo como punto de referencia, según me han explicado varios entrenadores llamándolo graciosamente “la Boya” Aldunati, una figura adecuada en función de que el Saranda suele ser, como dice el periodismo, un equipo que hace agua.

–Muy bien. ¿Y como persona?

–Yo lo calificaría de conflictivo y camarillero.

Puchero perdió la calma por primera vez en el juicio y se paró de un grito, “¡Miente!”, lo que avivó el odio del Grupo Sur, que con cierta pereza poética cantó: “Oso oso oso, Seisdedos mentiroso”. Dumbo Pérez recordó el video de un juicio en el que Galli había declarado culpable a un acusado sólo por una reacción similar a la que ahora tenía su defendido e intentó disimular: “¡Diente!, Su Señoría, mi cliente dijo diente, una reacción espontánea e inconsciente que no puede manejar y que le quedó como tic desde que perdiera una paleta de adelante, ausencia que usted habrá advertido en su sonrisa constante”. Y aprovechó: “Sonrisa que, por cierto, sintetiza la tranquilidad que le permite la inocencia y, también, la gran conducción que usted, Su Señoría, está desarrollando en el juicio”.

Galli miró desconfiado pero se dio por satisfecho, un poco por el halago y otro poco porque el Sur corrigió su canto a “oso, oso, oso, Seisdedos vanidoso”, como si le recriminara al presidente el exagerado cuidado de su imagen. El juez volvió a cederle la palabra a Sierra.

JUICIO PENAL

–Entonces, doctor Seisdedos, decía que Aldunati...

–Es conflictivo y camarillero.

–¿Podría argumentarlo, por favor?

–Sí, claro, tengo varios ejemplos. Recuerdo una vez, por caso, en la que Aldunati encabezó una huelga de los jugadores del Saranda, que inclusive a los pocos días se extendió a todo el fútbol nacional, porque le negamos la posibilidad de hacer un pijama party en la concentración con los capitanes de todos los equipos de la categoría. Planteó la propuesta y nos pareció poco recomendable, usted vio cómo son esas fiestas que hacen los jugadores: se pasan con el Mariposa, mezclan Coca Cola con aspirinetas, ponen películas de Cantinflas y discos de Village People y Mocedades a todo volumen, se nos quejan los vecinos, todas esas cosas. Así que le dijimos que no, que no nos parecía una buena idea, y Aldunati nos insultó de arriba a abajo y amenazó con esa huelga que finalmente concretó.

–Ajá.

–¡Y lo que fue cuando exigió hablar de la prima!

–Bueno, doctor, sabemos que los jugadores son celosos de sus ingresos y que, en el particular mundo del fútbol, las ganancias más generosas no están en salarios y premios sino en primas.

–No, doctor. Aldunati nos exigió hablar de su prima la Porota, para la que reclamó un trabajo en el Saranda bajo amenaza de dejarse ganar el clásico con el Bocayuva, sabiendo de los perjuicios económicos que representa para las arcas de un club una derrota en un superclásico tan importante. Así que le conseguimos a la Porota un puestito en la administración. Pero, mire usted, igual perdimos el partido con el Bocayuva. Aldunati vino al día siguiente y me dijo: “¿Vio lo que pasa cuando le paga un sueldo miserable a la prima de la figura?” En realidad, para mí la derrota fue causada pura y exclusivamente por las limitaciones técnicas del plantel, pero no quise decir nada para no avivar el odio de Aldunati y porque, además, no me considero un especialista en el análisis futbolístico.

–Ajá.

JUICIO PENAL

–Cosas como ésas, miles, doctor Sierra. Objeciones a los sitios elegidos para hacer las pretemporadas, quejas por los hoteles contratados para la concentración, los conocidos boicots a los entrenadores con los que no desarrollaba afinidad... ¡Una vez hasta me reclamó que cambiáramos de marca de camiseta porque la que usábamos le hacía picar la espalda! Por eso, son miles, como le digo.

–Entiendo. Y usted, finalmente, decidió contratar a Taberneta para deshacerse de Aldunati.

–No, no. No fue así. Como le digo, yo no soy un especialista en el armado de un equipo. Tengo alguna noción básica como la tiene cualquier hinchta de fútbol, pero no más que eso. La contratación de Taberneta fue analizada detenidamente en comisión directiva y aprobada a partir de los méritos que había acumulado en su trabajo. Nos pareció que era el técnico indicado para desarrollar una campaña como la que deseaba la gente del Saranda, porque además venía de clasificar para la Copa Regional al Deportivo Morongo, un equipo que nunca había cosechado resultados importantes.

–¿Pero usted sabía que la llegada de Taberneta podría implicar la salida de Aldunati del equipo?

–Sinceramente, no pensé en las decisiones puntuales que pudiera tomar, y tampoco fue algo que Taberneta me haya explicitado en la única charla que tuvimos antes de firmar el contrato.

–¿Se animaría a decir, de todos modos, que a Aldunati no le convino la llegada de Taberneta?

–Sí, eso quedó claro con el desarrollo del torneo, en el que hasta un ignorante como yo advirtió que Aldunati no encajaba en el sistema táctico implementado por el técnico y que iba perdiendo peso no sólo dentro de la estructura del equipo, sino también que su figura se iba desdibujando de a poco ante los ojos de la hinchada. Esto lo vieron todos y fue reflejado con precisión en todas las crónicas periodísticas de los partidos del Saranda. Así que sí, seguramente Aldunati se habrá sentido perjudicado.

–Y comenzó una campaña en contra de Taberneta.

JUICIO PENAL

–Yo no sé si realizó una campaña para derrocar al técnico, lo que sí puedo decirle es que Aldunati me manifestó abiertamente la necesidad de cambiar al entrenador porque el plantel no estaba cómodo. Es decir, me consta esa manifestación puntual, pero no que elaborara un plan para que se fuera Taberneta.

–Entiendo. ¿Y cómo fue esa manifestación puntual de la que habla, doctor Seisdedos?

–Así como se lo cuento. Aldunati vino y me dijo: “Mire, Seisdedos, nosotros consideramos que lo mejor es que se vaya Taberneta porque el equipo no va para atrás ni para adelante”. Yo me negué, por supuesto, porque la idea de contratar a Taberneta estaba vinculada con un proyecto a largo plazo. En cierto sentido Aldunati tenía razón: el equipo no había experimentado una mejora destacada, pero Taberneta me explicó claramente que él era técnico y no mago, y además, ahora, a la distancia, creo entender que buena porción del fracaso en esa etapa inicial de Taberneta al frente del equipo, y que lamentablemente será su única etapa, estuvo relacionada con que no encontró lo que se dice una buena predisposición en parte del grupo.

–¿Y cómo tomó Aldunati esa negativa suya a cambiar al entrenador?

–No muy bien, sinceramente. Recuerdo que me dijo: “Seisdedos, esto va a terminar mal”, y se fue de mi despacho dando un portazo. Nunca pensé que esta historia concluyera así, se lo juro. Y no lo digo porque hayamos descendido, más allá de que también nos represente un suceso doloroso, sino por el triste desenlace que tuvo Taberneta, al que puedo calificar como un caballero con todas las letras. De Puchero, lamentablemente, no puedo decir lo mismo.

–Una última cosa, doctor. ¿Es verdad que el club que usted preside le ofreció a la viuda de Taberneta una pensión vitalicia por el deceso de su marido?

–Sí, señor. Es lo menos que podemos hacer.

–Espero que, establecida la responsabilidad penal en este juicio, un tribunal en lo civil determine que la plata la ponga Aldunati, y no el club al que ya tanto le sacó. Por ahora no tengo más preguntas para

JUICIO PENAL

el doctor Seisdedos, Su Señoría -dijo Sierra, y una ovación del Grupo Norte bajó desde la bandeja superior mientras Pérez preparaba el con-tragolpe.

-Silencio -pidió Galli.

Dumbo Pérez se paró, sacó unas fotografías de un sobre y dijo: “Señor juez, quiero que estas imágenes se consideren como prueba de la defensa”. Y luego, extendiendo unas copias al propio Seisdedos, lanzó:

-Doctor Seisdedos, ¿reconoce a los protagonistas de la fotografía?

Seisdedos se atragantó y en la sala se instaló un silencio expectante al que incluso se sumó Puchero, que hasta allí ignoraba la estrategia de su abogado.

-¿Los reconoce o no? -insistió Pérez.

-Mmmmsep... -masculló Seisdedos.

-¿Cómo dice?

-Que sí, que los reconozco.

-¿Y podría decirnos quiénes son?

Seisdedos y Sierra cruzaron miradas de silencio y desconcierto, y el juez, impaciente, pidió: “Testigo, responda a la pregunta que le hace el abogado”

-Somos yo y la viuda de Taberneta.

Los presentes estallaron en un “oh” unísono. Las cámaras apuntaron a la viuda de Taberneta, que se llevó las manos a la cara para ocultar el llanto y la vergüenza (a través de unas rayas sobreimpresas en la pantalla, un alarde tecnológico, determinaron la distancia y la velocidad del breve recorrido que la viuda hizo con sus manos). Dumbo Pérez volvió:

-Permítame hacerle una corrección de cronología, doctor. No son usted y la viuda de Taberneta. Según la fecha en la que fueron tomadas estas fotos, son usted y la mujer de Aquiles Taberneta, hoy malogrado pero entonces vivito y coleando. ¿Estoy en lo cierto?

-¡Objeción! -intentó Sierra-. ¿Qué tiene que ver la relación que pudie-ron haber tenido Seisdedos y la viuda de Taberneta con la presunta

JUICIO PENAL

inocencia de Aldunati, que es lo que Pérez quiere comprobar?

–Su Señoría, si me permite seguir en esta línea interrogatoria, verá a dónde voy -explicó Dumbo.

–Muy bien -le dijo Galli a Pérez-, le voy a dar la oportunidad. Pero sea rápido. Objeción denegada. (Sierra no tuvo que explicarle nada a la viuda de Taberneta, que seguía cubriéndose el rostro).

–Muy bien -retomó Pérez-, doctor Seisdedos, le repito la pregunta: al momento de tomarse estas imágenes, ¿Taberneta estaba vivo?

–Sí.

“No lo dudo, no lo dudo, Aquiles Taberneta, murió siendo cornudo”, cantó el Sur, festivo y tal vez precipitado, porque ninguno sabía aún de qué tono eran las imágenes de las fotografías. Chou, Sagardía y todos sus compañeros del Norte acusaron el golpe y permanecieron callados, abatidos.

–Señor juez -hizo Pérez un paréntesis aclaratorio-, según la investigación de mi equipo de asesores, estas imágenes obscenas de Seisdedos y la entonces mujer de Taberneta son la fiel reproducción de lo que en el ambiente se conoce como el Kamasutra futbolero, 74 posiciones que representan otras tantas jugadas. Mire esta, por ejemplo, la número 62: se llama “Te hago un caño”, por razones obvias. O esta otra, la 31: “Cabeceá en el primer palo”. O esta otra...

–Bueno, bueno, Pérez. Ya entendimos la idea. Por favor, complete su interrogatorio.

–Perfecto. Entonces, doctor Seisdedos, ¿se puede decir que la contratación de Taberneta no respondió a sus méritos deportivos, sino más bien a que le era conveniente a usted conocer sus horarios de trabajo y así dar rienda suelta a su romance con la esposa?

Seisdedos titubeó.

–¿¿Fue así o no fue así?!

–En parte sí -admitió Seisdedos.

Entonces Pérez embaló: “¡Ah, en parte sí! ¡En parte sí! ¡¿Y cuál es la otra parte, eh?! ¡¿Cuál, doctor?! ¡¿No será que la pensión vitalicia que le da ahora a la viuda de Taberneta es una cortina de humo para tapar

JUICIO PENAL

sus gastos, porque usted no le podía explicar a su esposa qué hacía con el dinero?! ¿No será que, en definitiva, usted sabía que la relación entre Taberneta y Aldunati podía terminar así, como terminó, con lo que tendría el camino despejado para siempre para satisfacer sus más bajos instintos? ¡¿No será esa la otra parte?!

Dumbo Pérez infló el pecho, se dejó arrullar por la ovación del Grupo Sur y fue directo hacia Puchero, que lo esperaba con su sonrisa entrecortada. Pero antes de estrecharse en el abrazo, ambos escucharon la última arremetida del doctor Sierra.

–Su Señoría, ¿yo entendí mal, o el doctor Pérez acaba de admitir no ya que Aldunati mató a Taberneta, sino que era una conclusión previsible? Es decir, luego podremos discutir la responsabilidad de Seisdedos, si fue agente instigador o algo por el estilo, y también podremos desentrañar la oscura trama que envuelve a la muerte del DT. Pero, Su Señoría, lo acaba de decir su propio defensor: en ese caldo de cultivo, estimulando el enfrentamiento (y evitando que ese mismo enfrentamiento concluyera antes de lo previsto en el plan con, por ejemplo, la renuncia del entrenador), era un hecho que Aldunati terminaría matando a Taberneta. Puede ser que Aldunati sea ahora víctima de un plan urdido a sus espaldas, pero es culpable de ejecutar un plan que, paralelamente, él mismo diagramó y desarrolló. ¡Y eso es lo que queremos determinar en este juicio, Su Señoría! Le repito: no lo digo yo, lo dijo Pérez. No hay más preguntas.

El Grupo Norte gritó, desafortadamente, “¡gooooo!”

–¡No, Su Señoría! -intervino Pérez-. ¡Yo no quise decir eso! ¡Me están malinterpretando!

–Su turno terminó -lo cortó Galli, que luego miró a la cámara central y dijo-: los esperamos mañana, a la misma hora, por el mismo canal. Muchas gracias.

Puchero miró a Pérez y le preguntó: “¿Metiste la gamba, Dumbo?”

–Hasta las bolas, Puchero.

“Mi sueño es llegar a la Primera del Saranda”.

JUICIO PENAL

9

A los seis, siete años, Aldunati fue entrevistado por un reconocido periodista de la TV. Tenía la cara sucia de tierra y transpiración, mostraba una sonrisa inédita por lo entera, sus amigos lo llamaban Satur y la razón para estar frente a una cámara no era su talento futbolístico, sino la sospecha de que había provocado un incendio en la kermesse que se instalaba los sábados en un baldío del barrio.

En el video, un hallazgo de archivo con el que el canal de los deportes abrió “El juicio del siglo, Edición Especial” a la espera de la jornada de la sentencia, el periodista acumulaba una serie de acusaciones a Aldunati, “Ese chico vive en la calle”, “Los padres no le prestan atención”, “Tiene graves problemas de conducta”, “Lo único que hace es estar todo el día con la pelota” y varias cosas más en boca de las viejas del barrio, esa clase de testigos que se ocultan detrás de las persianas entrecerradas y espían por las hendidias.

La reconstrucción del hecho que realizó aquella vez el periodista (ahora reproducida en un sepia que denunciaba el paso del tiempo y teñía de nostalgia un revisionismo intencionado), permitía suponer que el pequeño Saturnino prendió fuego un puesto hostil, en el que los niños debían tirar una pila de seis o siete latas con tres pelotas de medias de mujer, y que el incendio se propagó después por el resto de la kermesse, afectando total o parcialmente a los puestos de pizza de cancha, tiro al pato y emboque las pelotitas en la misma hilera, cada uno con sus respectivos premios: muñecos de peluche de todos los

JUICIO PENAL

tamaños, bolsitas de caramelos y chupetines y bijouterie de plástico para las nenas coquetas.

–Los vecinos dicen que fuiste vos, Saturnino, que te enojaste porque nunca pudiste tirar las latas. Dicen además que sos bastante calentón, que te vas con la pelota en el medio de un partido si tu equipo va perdiendo, que corrés con sifones a los pibes que te cargan, que ya rompiste varias vidrieras... ¿es verdad? -le preguntó el periodista con voz gentil, mientras un grupo de amiguitos de Aldunati se empujaban para meterse en cuadro y saludar por televisión, o hacer algún que otro gesto obsceno a la cámara.

–Yo no fui -negó Aldunati.

–¿No fuiste el que hizo qué?

–No hice nada.

–¿Y quién provocó el incendio, entonces?

–Yo no soy botón, señor.

La charla, en la que Saturnino puso en claro de entrada su respeto por los códigos barriales, derivó más tarde en los placeres del niño (segmento que albergó su deseo de llegar a la Primera del Saranda), y finalizó con la brutal aparición del padre de Aldunati, el mismísimo Plutonio, disfrazado de astronauta y blandiendo una pistola de juguete que disparaba rayos laser. “¡A mi hijo no lo toquen, a mi hijo no. Llévenme a mí!”, gritaba, amenazante, mientras le apuntaba alternativamente al periodista y al camarógrafo. Para Saturnino, aquello no era síntoma de la demencia que comprobaría con el tiempo sino, simplemente, el heroísmo del padre, su oportunismo para sacarlo de situaciones comprometidas.

–Como ven -explicó el conductor de “El juicio del siglo, Edición Especial”-, Saturnino Puchero Aldunati ya mostraba indicios criminales a edad temprana. El caso nunca pudo resolverse porque era menor de edad y su padre, como sospecharán, inimputable. Sin embargo, el video es terminante y puede servir como antecedente de cara a la sentencia del juicio que se le sigue por la muerte del técnico Aquiles Taberneta.

JUICIO PENAL

El Loco Sigurna apagó la tele y preguntó:

—¿Ustedes qué creen?

Reunidos en el local de merchandising, del que ya había retirado los preservativos con la carita de Puchero para evitar los atentados, Sigurna y los integrantes más conspicuos del grupo Sur analizaban el desarrollo del juicio. En general tenían malas sensaciones: además de lo que acababan de ver por la TV, un recuerdo que les había profundizado el pesimismo, la sucesión de testimonios convocados por Sierra parecían inclinar la balanza en contra de Puchero, sobre todo por la ineficacia de Dumbo Pérez para hurgar con consultas punzantes a los testigos hasta encontrar respuestas beneficiosas. La conclusión, sin embargo, no modificaba su cuestión: ellos no dudaban de la integridad moral de Aldunati. (En realidad nunca sintieron la necesidad de debatir sobre la inocencia de su ídolo, sino que consideraban que, aun resultando responsable de errar el penal a propósito, la esencia de la justicia se encontraba en la muerte del DT. Y lo del descenso, bueno, un daño colateral, el mal menor en tales circunstancias).

Lo que no soportaban era la idea de ver a Puchero encarcelado. Ahora, por eso, coincidían en la urgencia de revertir lo que amenazaba con convertirse en una caída escandalosa. Podrían hacer, pensaron, como en el partido contra el Wilde Cachones, cuando se pararon detrás del arquero del rival y, a través del alambrado, le tiraron granos de arroz soplándolos con un sorbete hasta que lograron desconcentrarlo, sacarlo del partido, y permitir entonces un golcito del Saranda, el honor a salvo en la goleada en contra. Esta vez se mezclarían en el juicio con los neutrales y desde allí atacarían con el arroz, aunque no pudieron precisar quién sería el mejor blanco: ¿Sierra, Galli, la viuda de Taberneta, el hijo, los testigos eventuales? Y luego: ¿qué beneficios puntuales tendría el ataque?

Antes de definir estrategia y resultado advirtieron que el intento era un fracaso anticipado: la idea original le había correspondido a Chou, ahora uno de los líderes del bando adversario. “En cuanto Chou nos vea con los sorbetes, seguro que se da cuenta y le dice a Galli”, apuntó

JUICIO PENAL

con criterio Motoneta Fisher.

Sostuvieron, al cabo, que lo mejor para Aldunati era seguir manifestándole su apoyo y, de última, esperar que el desarrollo del juicio desembocara en el final deseado. A esa ilusión se aferraron para coordinar los detalles de lo que sería el festejo.

–Yo creo que lo mejor es hacerle un túnel de flores en la escalinata de Tribunales, a la salida del juzgado, y tirarle papelitos -propuso Motoneta.

–Está bueno -se sumó Sigurna-, y le podemos pedir el descapotable a mi viejo para llevarlo por las calles del barrio, así la gente lo saluda.

–¡O llevarlo a la cancha del Saranda! -propuso Faia-. ¡Y le hacemos repetir el penal!

–¿Con el arco vacío? -preguntó Motoneta.

–Claro -dijo Faia.

–¿Y si lo erra? -preguntó Fisher.

–¿Y si lo mete? -preguntó Sigurna.

“A ver, Loro, pasame el aerosol”, pidió Chou. Desplegó una sábana

10

y pintó: Puchero botón nos mandastes al descenso asesino criminal lo matastes a Tabernet, y ahí se detuvo, porque calculó mal el tamaño de las letras y la sábana le quedó chica.

–¿No tenés otra? -le preguntó Sagardía.

–¿Vos querés que mi vieja me mate?

–No, pero así queda mal, gordo.

Chou lo resolvió con la funda de una almohada, que adosó a la sábana con alfileres de gancho y sobre la que pintó sólo la letra A mayúscula, con lo que quedó TabernetA. “Pero es mejor que Tabernet”, lo consoló el Loro Sagardía. A diferencia de sus rivales del Sur, entre Sagardía y Chou se había instalado un inequívoco clima de victoria, en el que se sucedían los insultos a Aldunati, los elogios a Sierra y, algo menos, la autocrítica por haber tenido tanto tiempo como ídolo no a un asesino, o sí, también, pero más al mal parido que había hecho que, finalmente, el Saranda se fuera al descenso.

–Y encima lo mató a Taberneta, que nos daba buena guita -recordó Chou.

Antes de que llegara a su casa el resto de los miembros de su fracción, Chou discutió con Sagardía los pasos a seguir en las últimas jornadas del juicio.

–Gordo -aconsejó el Loro-, yo creo que nos tenemos que quedar en el molde hasta el final, porque me parece que lo tenemos ganado. Paremos a la tribu, que ninguno se cuelgue de la baranda ni nada de

JUICIO PENAL

eso, a ver si el botón de Galli suspende el juicio, después lo definen en otro lado y nosotros no podemos ir. Viste cómo son estos tipos, que se juntan quince minutos en un lugar secreto, hacen los números, arreglan todo y te salen con un martes 13.

–Tenés razón, Loro. Pero, ¿una emboscadita a esos giles del Sur? Viene todo muy tranquilo, Lorito.

–Dejate de joder que si a Puchero lo mandan en cana, Faia, Fisher, Sigurna y todos esos no pueden volver más a la cancha y nos queda vía libre.

El Gordo tardó, puso alguna que otra objeción más, pero al cabo entendió las razones de Sagardía. Sí tuvo cabida otra propuesta: la de investigar quiénes serían los testigos citados por Pérez. “Los podemos apretar un poquito antes de que entren a declarar, ¿no te parece?”, dijo Chou, recordando los métodos utilizados con los hinchas pacíficos la vez que un dirigente les había negado entradas de favor. En aquel partido la cancha del Saranda presentó un vacío inaudito (ayudó que el rival fuera un club de un lugar lejano), aunque en principio, hasta que no supieron la verdadera razón de esa ausencia masiva, los dirigentes interpretaron que sería, con justicia, la convocatoria proporcional al rendimiento del equipo.

Chou y Sagardía repasaron los aliados posibles de Puchero. Enumeraron viejos compañeros, técnicos complacientes, directivos de antiguas comisiones. Eran tantas las chances que terminaron agotados. Ni siquiera los convenció la alternativa de quedarse en la puerta del juzgado y esperar la llegada de los testigos citados por Pérez: la PUM desbarataría allí cualquier intento de amenaza y, además, ninguno quería perderse las jornadas finales del juicio.

Concluyeron, como sus rivales, en la necesidad de ultimar los detalles del festejo.

–Fácil, Loro -dijo Chou-. Me traigo un coche de la funeraria y lo paseamos a Aquiles por el barrio con la viuda, el pibe y el “boga”, porque la verdad es que este Sierra se está pasando.

–Pero Taberneta está enterrado -recordó Sagardía.

JUICIO PENAL

–Lorito, eso es lo de menos. Vos dejá que yo armo todo con el sereno del cementario. Lo sacamos un ratito, lo paseamos y lo volvemos a enterrar.

–Gordo, para eso afanate un cajón vacío de la funeraria de tu tío y lo resolvemos más fácil.

–¿Qué estás diciendo, pescado? ¿De verdad serías capaz de hacer esa basura?

“Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho... ¡Puchero, ¿a dónde

JUICIO PENAL

11

vas?! ¿Son 13? Sí, 13, 14, 15, 16... ¡Pará, Puchero, pará! 24, 25... 30, ahora sí, 30. ¡30 pasos de carrera, señores! ¡Puchero tomó 30 pasos de carrera y está casi dentro del círculo central! Esto es una locura, ¿lo quiere matar?!”

El doctor Sierra pulsó pausa y en la pantalla de video instalada en el juzgado quedó Puchero inmóvil, congelado, los brazos en jarra, esperando la orden del árbitro para empezar su carrera hacia el balón. Resultaba curiosa esa imagen bifurcada de Puchero, inmóvil en la pantalla, sentado y quieto en el juzgado, como un espejo impreciso, y más curioso resultaba todavía que sus dos imágenes (aun la ya resuelta) confluyeran en una misma expectativa sobre su destino. “Mire, Su Señoría -explicó Sierra mientras señalaba con un puntero la imagen de la pantalla, una presentación que hacía como alegato final de sus acusaciones después de la serie de testigos-, observe el gesto displicente del señor Saturnino Aldunati. ¿A usted le parece la pose de un jugador que está a punto de definir el destino de su equipo, un equipo al que, además, dice amar? Yo creo que no, Su Señoría, y no me venga con la tranquilidad del gladiador que tiene mil batallas, porque nunca, y alcanza con hacer un repaso superficial por su carrera, Aldunati había pasado por una situación de semejante trascendencia. Note además que observa hacia el banco de suplentes, como si le dedicara a Taberneta una mirada de despedida o como si quisiera confirmar el nerviosismo del DT a través de un gesto, un ademán, algo. Y note también el

JUICIO PENAL

carácter premonitorio del relator, Su Señoría: ‘¿Lo quiere matar?’’, preguntó. ¿Lo quiere matar?’”

–¡Protesto! -intervino Pérez-. Está claro, Su Señoría, que el relator hacía referencia al arquero, deduciendo que la potencia del remate sería proporcional a la carrera tomada por mi defendido.

–Eso es una especulación suya -dijo Galli-. En todo caso, puede presentar como testigo al relator para que especifique a quién se refería. O también puede reproducir este mismo video y analizarlo. Por el momento, y en función de que la jugada de Aldunati finalizó con una muerte, podemos inferir que el relator dejó entrever cierta sospecha.

–¡Su Señoría, me parece que usted no puede hacer esta clase de comentarios!

–A mí no me importa lo que a usted le parece o le deja de parecer, doctor Pérez. Acá mando yo y si no le gusta, ahí tiene la puerta. O presente una recusación. Doctor Sierra, continúe por favor.

Sierra, satisfecho, apretó otra vez play: “Puchero está a 30 pasos del balón, pero no sé muy bien si busca una fuerza demencial en el disparo o trascendió la miopía del arquero. Como fuere, su llegada a la pelota será una sorpresa total para el guardameta, como una aparición fantasmal en el campo limitado de su mirada nebulosa. Qué silencio, mis amigos, qué locura. El Saranda se juega su destino y su suerte en una carrera de 30 pasos de su gran ídolo, Puchero Aldunati, encargado del penal”.

Video y relato reprodujeron también la necesidad de que el árbitro mandara a un asistente para darle a Puchero la orden de patear, porque era tanta la distancia que no escuchaba el ruido del silbato; repitieron el dato estadístico de que aquel era el primer penal oficial que Aldunati pateaba en su trayectoria (en consecuencia podría ser también su primer gol), y revivieron más tarde el vértigo de la carrera de Aldunati hacía el balón. “¡Es una tromba -lo definió el relator-, una velocidad que no le había visto a Puchero siquiera en sus inicios como futbolista, aquellos, sus años mozos. Puchero va hacia la pelota en una carrera alocada, pero no en línea recta sino en zigzag, como esquivando coni-

JUICIO PENAL

tos imaginarios, un ejercicio seguramente aprendido en las prácticas de la semana y, a la vez, una leal demostración de su apego a los entrenamientos!”.

Sierra volvió a poner la pausa justo cuando Aldunati iba a dar el rechazazo y el relator se vaciaba en el silencio que precede al júbilo, como se va apagando, ansioso, el “que los cumplas” antes de estallar en el último “¡feliz!”. “Antes que nada, Su Señoría, yo creo que la carrera que el relator interpretó como una reproducción de un ejercicio semanal fue, más bien, una ironía de Puchero hacia el DT. Más aún, y aunque la cámara no lo haya tomado, hay testigos que aseguran haber visto que Puchero corría riéndose a carcajadas. Hecha la aclaración, Su Señoría, ahora observe la pantalla, porque yo creo que acá está la clave de todo. Mire, por favor, mire la posición no ya del pie derecho, con el que hace el remate, sino del otro, del izquierdo. Fíjese bien: ¿está a dos, tres, tres metros y medio de la pelota? ¡Advierta la distancia entre un pie y otro, mire la exagerada elongación de sus dos piernas, la abertura de su stand, para usar un término golfístico! ¡Esa posición no se la vi ni a Nadia Comaneci, Su Señoría! Y no es una posición que pueda justificarse con la excusa fútil de un mal cálculo, ¿eh? Advierta además este detalle: el pie izquierdo está al menos medio metro por detrás de la línea de la pelota, cuando la ortodoxia indica que el pie de apoyo, en un penal, debe por lo menos ubicarse en esa línea, y a veces incluso superarla algunos centímetros. Más todavía: supongamos que éste no es el remate de Aldunati sino de cualquier otro. Yo le pregunto, Su Señoría, y espero se permita esta licencia de responder porque soy absolutamente conciente de que no le puedo hacer esta clase de preguntas: entre la distancia corrida, un dato que no es menor en función del pésimo estado físico del acusado, y la posición de los dos pies al momento de la ejecución, ¿usted qué diría?”

-Que el tiro se va a la mierda -dijo Galli.

-¡Qué piola! -interrumpió Pérez-. Así cualquiera.

-¡Cierre le boca o lo rajo! -lo retó el juez.

-Exacto, Su Señoría, que el tiro se va lejísimo. Pero, ¿sabe qué, Su

JUICIO PENAL

Señoría? Lamentablemente no se trata de cualquier remate, sino del remate del señor Saturnino Aldunati, del remate que terminó con la vida del querido Aquiles Taberneta. Pobre del que interprete que semejante ejecución de un penal responde a carencias técnicas o estratégicas porque, si quedaba alguna duda, el video ha venido a cerrar la confirmación de que lo de Saturnino Aldunati obedeció a un odio personal hacia el entrenador. No hay manera de ver la ejecución del penal de un modo que no sea acusatorio, porque fue un tiro criminal, asesino -cerró Sierra, y apretó por última vez play. Entonces sí, el pie derecho de Puchero envió con fuerza la pelota a pocos centímetros del banderín del córner mientras el relato se silenciaba definitivamente para dar paso a las publicidades (ahora interrumpidas por tratarse de empresas que no auspiciaban la televisación del juicio), y las imágenes, con la pelota detenida a las patas de un perro policía, se trasladaban al remolino nervioso que rodeaba el banco de suplentes del Saranda.

“Oso, oso, oso, Puchero al calabozo”, cantó el Grupo Norte, apropiándose del verso del Sur pero adaptándolo a su conveniencia. El director de “El juicio del siglo” aprovechó para ir a un corte y allí dentro, en el juzgado, todos miraron en silencio la muerte repetida de Taberneta, esa aparatosa caída que le dejó la mitad del cuerpo dentro de la cancha (actitud por la que el árbitro, hasta entender lo sucedido, había tomado la firme decisión de sacarle la tarjeta roja e informarlo ante el Tribunal por invasión de campo e incitación a la violencia), y luego la doble imagen de Puchero: en la pantalla, tomándose con sus dos manos la cabeza, y en su asiento, inédito por lo serio o compungido, en ambos casos como a punto de largar el llanto, ahora sí la precisión del espejo que devuelve la imagen del alma.

Un día, Aldunati anticipó el duelo del abandono. Ya no podía correr

12

como los pibes de 20 ó 25, se admitió a sí mismo en la soledad de un vestuario al que había llegado primero (síntoma de vejez, creyó también), y aunque se argumentó que compensaba con oficio o experiencia, pensar las futuras ausencias le dolió en el corazón: el olor del vestuario; el rito de vendarse los tobillos y los pies; la calidez brutal de las manos del masajista; la arenga caudillesca en el camino del túnel, “¡vamos, ¿eh?!”; la ovación al pisar el césped y más tarde el orgulloso grito de Puchero. ¿Dónde quedarían esas cosas, si no encontraba una función que le permitiera preservarlas del olvido?

Entonces se dijo “¡Técnico!”, y elaboró un plan para evitar o apaciguar las decepciones: finalizaría su carrera como jugador y de inmediato asumiría como DT del Saranda, quién iba a negarle la posibilidad, quién mejor que él, hijo dilecto. A los pocos días, así, inició el curso de entrenador de fútbol profesional.

Tuvo un buen desempeño académico en el primer cuatrimestre, un 9 en Historia, un 8 en Reglamento, hasta un 10 en una prueba de ingenio consistente en armar un equipo con jugadores que llevaran apodos de animales. Puchero, que ya de chico leía múltiples publicaciones de fútbol, armó no uno, sino siete, recurriendo a futbolistas ya olvidados como el “Perdiz” Rodríguez (un arquero de vuelo corto), el “Pterodáctilo” Gómez, la “Mosca Tsé Tsé” Fernández y, este sí un hallazgo de su memoria, “Luciérnaga” Ramírez, un volante talentoso y famoso por sus intermitencias. Sin embargo, en el último tramo del

JUICIO PENAL

curso Aldunati entró en la pendiente: al Saranda había llegado Taberneta. El enfrentamiento con el nuevo entrenador no sólo le restó a Puchero concentración en el estudio, sino que también lo impulsó en una cruzada personal para demostrar su vigencia, su utilidad a pesar de los años y los oblicueros. Desarrollar paralelamente las materias de técnico, entendió, era un total contrasentido.

Así, asistiendo a clases casi por compromiso, Aldunati sumó aplazos en “Métodos para esconder el balón cuando el equipo va ganando”, “Intimidaciones al árbitro”, “Inundación y corte de luz en el vestuario visitante” y “Cómo hacer que al 10 rival lo muerda un perro policía cuando va a patear el córner”. Disfrutó entonces del fracaso premeditado (Seisededos no podría negociar con un club amigo la chance de que se lo llevaran a Aldunati como DT), y más pretendía disfrutarlo ahora, en su celda, donde Dumbo Pérez le explicaba cómo sacar rédito de aquel episodio.

–Puchero, fijate que todas las materias que vos reprobaste son discutibles desde el punto de vista ético. Tenemos que aprovechar eso en tu alegato. Porque estás convencido de querer hablar, ¿no?

–Sí, sí, Dumbo. Yo quiero contar mi versión.

–Bueno, entonces haceme caso: remarcá el nombre de las materias en las que te aplazaron. Pero tené mucho cuidado, mirá que Sierra te va a atacar por todos lados, ¿eh? En donde dejes un hueco en la defensa, despedite para siempre porque te emboca. Otra que el descenso del Saranda.

–Quedate tranquilo, Dumbo. Y dale: repasemos todo lo que me va a preguntar Sierra.

Aldunati asumió entonces que el enfrentamiento con Taberneta era un hecho que no podría negar, que ya había sido tomado como cierto, pero haría un intento por alivianarlo o justificarlo. Podría hablar del autoritarismo con el que el DT manejaba al plantel, aquello de levantarlos a las seis de la mañana con un toque de diana; o lo que le pasó a un compañero, que por orden de Taberneta debió escribir cinco mil veces “No debo salir jugando desde el fondo porque soy un burro y

JUICIO PENAL

me la sacan”; pero todo dicho siempre como al pasar, tal vez a través de anécdotas en apariencia inocuas, para que a Galli le resultaran una influencia subliminal y no el móvil de un crimen. Así que eso: aceptaría que existió el enfrentamiento.

Coincidieron, Puchero y el abogado, en la necesidad de recordar su amor por el Saranda, las transferencias rechazadas (pondría como ejemplo contrapuesto el caso de Vigo), su casa pintada con los colores del club, los más de mil partidos jugados. Y concluyeron en que la clave final del juicio estaría en la explicación del penal, en ese momento preciso.

–Ya hablé con Héctor Quiconga -le dijo Dumbo.

–¿Con quién?

–Con Quiconga, el cuidador de la cancha.

–¡Ah!, con Quico, decís.

–Sí, con Quico.

–¿Y?

–Va a declarar.

–Buenísimo. ¿Y a quién más tenemos?

–Al doctor.

–¿Viene el tordo?

–Sí, viene.

–Qué bueno. ¿Y quién más?

–Nadie más.

–¡¿Cómo que nadie más, Dumbo?!

–No, nadie más, Puchero. Viste cómo es, no quieren quedar pegados por si el juez te encuentra culpable. Hablé con varios que fueron compañeros tuyos y dicen que si declaran a tu favor los ponen en la lista negra, que después no consiguen club, que la carrera es corta... todas esas cosas, Puchero.

Aldunati recorrió unos cuantos apellidos que hasta allí consideraba incondicionales, pero no quiso preguntarle a su abogado si alguno de ellos estaba entre los que se habían negado a ponerle el hombro por miedo a sumar una decepción. “Qué ambiente de mierda”, dijo a

JUICIO PENAL

cambio, y preguntó:

–Entonces somos el tordo, Quico y yo, ¿no?

–Exacto, Puchero.

–Tengo que dar vuelta el partido con tres tipos...

–Por eso, Puchero. Pensá bien tu discurso porque nos va la suerte ahí.

El tordo y el canchero nos van a dar una mano grande, pero vos definís la historia. Así que no hagas como en el penal -intentó Pérez la broma, pero Aldunati lo fulminó con la mirada.

–Ahora tirate a descansar -se recompuso Pérez-. Te paso a buscar a eso de las ocho y te traigo un traje. La apariencia es fundamental, ¿sabés?

–Sí, sí -le respondió Aldunati casi con desprecio.

13

El patrullero que lo llevaba rumbo al juicio pasó por el estadio del Saranda a pedido suyo, como si fuera su cortejo de despedida. Puchero miró por la ventanilla enrejada del coche y recordó el día de su prueba: llegó nervioso, escoltado desde su casa por Plutonio para evitar ataques alienígenas, y a Cacho Panatta, el DT de las divisiones inferiores, le bastaron unos minutos para darse cuenta de que el pibe tenía un par de buenas condiciones. Con un poco de trabajo le mejorarían el estado físico, aunque sus problemas de dominio de pelota serían casi insolubles, igual que sus inconvenientes en la definición: en los ensayos ordenados por el técnico, correr con el balón al pie y definir mano a mano con el arquero, Aldunati resolvió invariablemente con un remate desviado. “El día que este pibe haga un gol me jubilo”, pensó el entrenador, pero aun así decidió ficharlo porque el Saranda tampoco estaba para despreciar jugadores.

Panatta murió sin jubilarse.

A Puchero se le humedecieron los ojos en el recuerdo y ocupó el resto del viaje hasta el juzgado en cuestiones superficiales. “¿Todo bien, Puchero?”, le preguntó el policía que manejaba. “Sí, sí, todo bien”, agradeció. “Puchero, querido, el Sur está contigo”, leyó una bandera al bajar de la patrulla, y también la sábana de Chou llamándolo asesino criminal. Se acomodó la corbata y entró al juzgado.

De a poco se fue llenando la sala con el juez, los abogados, los familiares de Taberneta, los hinchas, los neutrales, unas 35 personas que

JUICIO PENAL

conformaban el equipo de la TV y, por primera vez desde el inicio del juicio, la madre del acusado. Puchero la vio poco antes de sentarse y se puso nervioso. Nunca le había gustado que sus padres fueran a la cancha. “Yo le dije que viniera, Puchero -lo calmó Pérez-. Una madre siempre provoca ternura, ¿entendés?”.

Un camarógrafo hizo una cuenta regresiva de diez a uno, y Galli, acomodándose la peluca victoriana, recibió la señal a través del audífono: “En el aire”.

–Señoras, señores, niños -dijo-, se abre la jornada final del juicio a Saturnino Aldunati por la muerte del director técnico Aquiles Taberneta -y golpeó el martillo sobre el estrado con un gesto casi femenino.

Los grupos Norte y Sur arremetieron con sus últimos cantos, Pérez y Sierra repitieron ademanes nerviosos, la viuda de Taberneta abrazó con fuerza a su hijo y Puchero se persignó tres veces seguidas, como había visto que hacían los jugadores de Brasil.

–La defensa llama a Octavio Papparadópulo, el médico del plantel de fútbol del Saranda -dijo Galli, convocando al primer testigo de Aldunati.

El policía de la puerta, aburrido de la monotonía que significaba revisar la suela de los zapatos de cada testigo, lo hizo pasar sin someterlo al trámite. Papparadópulo caminó y se sentó en el estrado, donde, eso sí, debió prestar juramento.

–Doctor -lo interrogó Pérez una vez que el ayudante del juez le dio permiso-, ¿usted tuvo la oportunidad de hacerle un chequeo general a Aquiles Taberneta para comprobar su estado de salud?

–Sí.

–¿Y a qué conclusiones llegó?

–El señor Aquiles Taberneta tenía serios problemas en el corazón y no se encontraba apto para soportar la presión y el estrés que produce el cargo de director técnico, un puesto al que muchos llaman “la silla eléctrica”, si mal no recuerdo.

El Grupo Sur estalló en un “oh” de asombro.

JUICIO PENAL

–Ajá -volvió Pérez-, ¿y usted le hizo saber al señor Taberneta de su dolencia?

–Sí, claro.

–¿Y él que le dijo?

–Que por favor no le contara nada a nadie.

–¿Y usted aceptó?

–Respeté el pacto de confidencialidad, sí señor.

–Es decir, nunca trascendió que Taberneta corría riesgos de muerte si seguía ejerciendo su función.

–No, señor. Nunca se supo nada hasta después de su muerte, porque el forense que le hizo la autopsia me pidió que le diera la historia clínica de Taberneta y luego él se encargó de divulgar en los medios los antecedentes cardíacos de la víctima.

–Señor juez -le habló Pérez a Galli-, que se tome el testimonio como refutación al alegato inaugural del doctor Sierra: Aldunati nunca supo del problema de salud que aquejaba al señor Taberneta, y el propio doctor Sierra se anotició de que Taberneta sufría problemas cardíacos recién cuando le dieron los resultados de la autopsia. No antes.

–¿Esto es así, doctor Sierra? -preguntó Galli.

–Puede ser, Su Señoría, no recuerdo bien la sucesión cronológica de las cosas. De todas formas, suponiendo que Aldunati no conociera los problemas de salud de Taberneta, esa ignorancia no lo redime del crimen, porque a través de los testigos que hemos presentado pudimos demostrar la existencia de un enfrentamiento y la coincidencia general en que esta historia tendría un final trágico. Es decir: se dio así, y si no se hubiera dado así, Aldunati habría terminado con Taberneta de otra manera.

–Mmmm, ya no estoy tan seguro, doctor Sierra -le respondió Galli-. Ignorando los problemas de salud del entrenador, difícilmente el acusado haya previsto que una jugada malograda y el descenso del equipo pudiera matarlo, ¿no cree? Además, lo que estamos discutiendo es si usted mintió en su alegato inaugural, así que, por lo pronto, voy a tomar nota. Doctor Pérez, por favor siga con el testigo. (Sierra com-

JUICIO PENAL

prendió que Galli estaba prejuzgando, pero prefirió no oponer queja alguna).

Dumbo tuvo entonces un reflejo de inteligencia. “La defensa no tiene más preguntas”, dijo. ¿Para qué correr el riesgo de desperdiciar la ventaja conseguida? “Uno a cero -comparó-, nos metemos atrás y manejamos los tiempos del partido”.

–¿Doctor Sierra?

–La querrela no tiene preguntas, Su Señoría -dijo Sierra. ¿Para qué correr el riesgo de profundizar esa sensación de derrota parcial que había cosechado? “Sí, fue gol de ellos -le explicó a la viuda de Taberneta-, pero nosotros tenemos la ventaja que sacamos antes y todavía vamos ganando”. Le quedaba la posibilidad de demostrar que el problema cardíaco de Taberneta había trascendido y el doctor Paparadópolo, por lo visto, no era un buen testigo para sostenerle a la querrela esa esperanza.

El ayudante del juez pulsó el cartel electrónico para avisar del cambio, y Galli se enojó cuando Quiconga, el segundo testigo de la defensa, intentó entrar al juzgado antes de que Paparadópolo completara su salida. Puchero interpretó que lo de Quico era la ansiedad de declarar a su favor, las ganas de ayudarlo a dar vuelta el resultado; Sierra, en cambio, le advirtió a Quico cierto nerviosismo.

Era la última pulseada, el duelo final antes del discurso de Puchero.

–Héctor Quiconga, ¿puede contarnos qué función cumple usted en el Saranda? -preguntó Pérez.

–Soy el cuidador de la cancha.

–El canchero, digamos.

–Exacto, el canchero.

–Es decir, no sólo vigila que a la cancha no entren desconocidos cuando no se usa, sino que, además, le realiza los cuidados de mantenimiento.

–Sí, es así.

–Muy bien. ¿Podría decirnos entonces en qué estado se encuentra la cancha del Saranda?

JUICIO PENAL

–En muy mal estado, señor.

–Lo que pone en riesgo su puesto, interpreto.

–Yo creo que no. Hace 53 años que estoy en el club y lo he hablado con todas las comisiones que pasaron desde entonces: la única solución para la cancha del Saranda es hacerla en otro lugar. Así de sencillo. Mientras tanto, me parece que la cancha se encuentra en el mejor estado que se puede conseguir en función de las condiciones del terreno.

–Explíquese mejor.

–El terreno es muy árido y el clima no suele favorecer el nacimiento o crecimiento del césped. Intentamos con varios métodos traídos de países lejanos y no pasó nada. Hasta plantamos un pasto especial que fue importado de Japón, pero se ve que fue tratado con esa necesidad nipona del máximo aprovechamiento del espacio y creció en cantidades generosas, sí, pero solamente en el triángulo del córner derecho del arco que da al Oeste. Era una cosa insólita, porque el césped, bien repartido, hubiera alcanzado para cubrir toda la cancha, y usted lo veía ahí al pobre pastito, todo apretado en un rincón... Qué se le va a hacer. Tampoco funcionó.

–Ajá, ¿y qué explicación le encuentra usted a la aridez del terreno en donde está la cancha?

–Muy fácil, doctor. Es, según estudios geológicos que se han encargado oportunamente, una zona desértica y, además, propensa a los terremotos.

Pérez sacó un papel de un sobre: “Quiero que se tome como prueba este documento, Su Señoría, un estudio del Instituto Sismográfico que señala que en el preciso momento en que Aldunati pateó el penal, debajo de la cancha del Saranda hubo un movimiento telúrico de 1,3 en la escala de Mercalli”.

–¡Protesto -interrumpió Sierra-, un movimiento de 1.3 grados en la escala de Mercalli no puede ejercer influencia alguna sobre la ejecución de un tiro penal!

–Demuestre lo contrario -lo desafió Pérez.

JUICIO PENAL

Sierra no contestó por carecer de antecedentes, y Galli le cedió a Puchero el beneficio de la duda.

Pérez hizo después uso de la pantalla de video. Apretó play, adelantó la cinta y, como Sierra antes, detuvo la imagen de Puchero con los brazos en jarra, a 30 pasos de la pelota. “Muy bien -le habló a Quiconga-, mire usted el recorrido de Aldunati hacia la pelota y también observe atentamente el disparo del jugador”. Pulsó play: Puchero repitió su carrera y su remate, y Pérez, entonces sí, apretó stop antes de que la pelota llegara a las patas del perro.

–Díganos, Quiconga. La trayectoria irregular en la carrera de Aldunati hasta el balón, eso que para el relator fue la repetición de un ejercicio y para el doctor Sierra una ironía, ¿puede responder en realidad a una intención del querido Puchero de esquivar los múltiples pozos de la cancha del Saranda y tomar por el mejor camino?

–Por su trayectoria, diría que sí, absolutamente.

–¿Y la posición de sus pies en el remate?

–También. Del punto del penal hacia la izquierda se suceden tres o cuatro pozos de generosas proporciones, con lo que se convierte en una zona insegura para poner el pie de apoyo en el disparo.

–Podríamos decir entonces que Aldunati ejecutó el penal de la manera que el estado del campo sugería.

–Sí.

–Su Señoría, no tengo más preguntas.

Sierra se paró de un golpe, se pasó la mano izquierda por la pera y preguntó:

–Señor Quiconga, usted lleva... ¿cuántos años dijo que lleva en el Saranda?

–53, doctor.

–Muy bien. No hablemos de los 53 años, hablemos sólo del último, porque más allá de que, según dice, el campo de juego del Saranda nunca haya estado en buenas condiciones, es mejor limitar la experiencia a tiempos bien cercanos. Entonces, señor Quiconga, ¿recuerda cuántos penales se ejecutaron, durante el último año, en este mismo

JUICIO PENAL

arco en el que Aldunati desvió su disparo?

–No recuerdo cuántos, pero fueron varios.

–Fueron siete, señor, sin contar el de Puchero.

–Si usted lo dice...

–Sí, lo digo. Y también pregunto: ¿sabe usted cuántos de esos siete remates terminaron en goles?

–No, no lo sé, señor.

Entonces Sierra levantó el tono de su voz y dijo:

–Los siete, Su Señoría. Los siete penales que se cobraron en el arco de la cancha del Saranda en el que Aldunati terminó con la vida de Taberneta, se convirtieron casi inmediatamente en goles. Y no todos ejecutados con gran precisión, ¿eh? Algunos hasta patearon un poco la tierra. Pero igual fueron goles. Entonces, Su Señoría, ¿de qué estado de la cancha me están hablando? Por favor... La querella no tiene más preguntas.

–Señor Quiconga, ¿podría decirnos cuántos de esos siete penales que recuerda el doctor Sierra fueron en favor del Saranda? –refutó Dumbo Pérez.

–De eso me acuerdo, sí señor: ninguno. Lo sé porque siempre nos quejamos de que los árbitros nunca nos pitan una a favor. Será que somos un club chico, pero en las finas siempre cobran para el otro.

–Es decir, que el penal que ejecutó nuestro querido Puchero fue el primero para el Saranda en la presente temporada.

–Sí señor, así es.

–Y señor Quiconga, una última consulta: ¿es verdad que usted asistió a un torneo de penales entre los jugadores en una de las últimas prácticas de Taberneta al frente del Saranda?

–Sí, es verdad.

–¿Y es verdad que, de 54 remates, 50 fueron convertidos y sólo se marraron cuatro?

–Es verdad.

–¿Quiénes erraron esos cuatro penales?

–Quiénes no, señor, quién. Fue uno solo: Puchero Aldunati.

JUICIO PENAL

–¿Puchero erró sus cuatro tiros?!

–Sí señor.

–¿Y le cupo algún castigo?

–Tuvo que pagar un asado para todo el plantel.

–Es decir, ya que la ineficacia le costó cara, no podemos interpretar que los desvió a propósito.

–Yo creo que no.

–Y otra cosa, ¿los remates de Puchero fueron desviados o se los detuvo Paco Batalla?

–Desviados, señor. Los 50 tiros que fueron en dirección al arco terminaron en goles.

–Su Señoría, la ineficacia de Batalla en la tarea puede servirle como argumento para entender por qué, en el último año, los siete penales que el Saranda tuvo en contra finalizaron en goles. Y tome nota también del antecedente de los penales que erró Aldunati en el entrenamiento: no sólo para demostrar su inocencia, una inocencia que le está costando innecesariamente asumir su ineficiencia desde los 11 metros, sino, además, para comprender que lo suyo no fue un atentado, no fue un asesinato, sino simplemente la valentía de hacerse cargo de un penal al que sus compañeros le rehuyeron como ratas, su último intento para permitir que el Saranda no descendiera. Y esto se lo digo para que luego del juicio no sólo se limpie el nombre de Aldunati, sino también para que se lo dignifique como corresponde. La defensa no tiene más preguntas, Su Señoría.

El Grupo Sur explotó de alegría. Y el Norte no fue que se desplomó: más bien se desorientó, como ignorando si la arremetida final de la defensa de Puchero alcanzaba para equilibrar lo que, hasta allí, Chou y compañía consideraban un triunfo seguro.

El juez Galli golpeó con el martillo. A pedido del director del canal de los deportes hizo una última tanda y, al regreso de los comerciales, dijo: “Según la lista que me entregó, la defensa no presentará más testigos. ¿Esto es así, doctor Pérez?”

–Sí, tal cual.

JUICIO PENAL

–Aunque, como coronario de su exposición, será el propio acusado quien hará su descargo definitivo.

–Exactamente.

–Muy bien. Señores, señoras, niños -dijo Galli mirando a la cámara central-, lo que todos ustedes estaban esperando: habla Puchero Aldunati.

Y mientras Puchero se paraba y acomodaba otra vez la corbata para caminar rumbo al estrado, y miraba a la madre como queriendo vencerla de que todo terminaría bien, ocurrió lo inesperado: el Gordo Chou se paró de su asiento y, desde la bandeja superior, se tiró directamente al cuerpo de Aldunati. Chou erró en el cálculo y cayó al suelo, y lo que tardó en recomponerse significó tiempo suficiente para que bajaran Fisher, Faia, Sigurna y los del Sur, también Sagardía y el resto de los del Norte, y el juzgado fue allí mismo escenario de un combate descomunal al que se terminaron sumando neutrales, los abogados, familiares, camarógrafos y hasta el juez, que tenía cuentas pendientes con varios hinchas del Saranda.

Puchero salió en silencio, caminando con la cabeza baja, aprovechando que los miembros de la PUM se encontraban distraídos con la pelea. Llegó a la puerta, paró un taxi, resultaron sus ruegos para que el chofer no lo reconociera y se alejó. En la pantalla de video, activada sin intención por el Gordo Chou en el tumulto, se fueron sucediendo escenas de su carrera que no llegaron a utilizarse en el juicio. Hasta que la película se detuvo o terminó en una imagen congelada de uno de sus últimos partidos, tomada de arriba, como desde un helicóptero o un globo aerostático, en la que Aldunati, ya gordo, esperaba parado en el punto exacto de la mitad de la cancha, allí donde comienza o nace el fútbol. Y el círculo central que lo rodeaba, equidistante, lo convertía en una precisa alegoría de Saturno.

FIN



Primera edición
Buenos Aires
Marzo de 2005

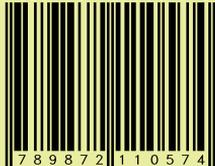


Saturnino “Puchero” Aldunati, volante central, es el máximo ídolo del Saranda FC.

Juega mal, no duda en provocar el fracaso de los entrenadores con los que no tiene “piel” y es feo, pero la hinchada lo quiere y varios de sus compañeros lo siguen. Así de simple. Hasta que un episodio cambia todo: Aldunati desvía un penal decisivo, el equipo desciende y ahí mismo, en el corralito que limita sus movimientos, se muere de un paro cardíaco Aquiles Taberneta, un DT obsesivo que había llegado para depurar el plantel. Ahora, Puchero enfrenta un juicio por asesinato. Y los hinchas se dividen entre los que lo apoyan y los que lo condenan. ¿Quedará justificada la acusación e irá a la cárcel? ¿Podrá su defensor sumar los argumentos necesarios para que lo absuelvan? Una historia desopilante, un tribunal convertido en un estadio y, de paso, un relato en el que se desnudan varios de los peores vicios de los futbolistas.

Bueno loco, fijate.

ISBN 987-21105-7-3



9 789872 110574